



VNiVERSIDAD
D SALAMANCA

Máster Universitario en
DEMOCRACIA Y BUEN GOBIERNO

TRABAJO FIN DE MÁSTER

**Ejes estructurales de la esfera pública en el posttotalitarismo
tecnocrático neoliberal**

AUTOR

Miguel Dayán Barrera Rodríguez

DIRECTOR

Manuel Augusto Martín de la Vega

Salamanca, 2024

A Dios.

A mis padres, hermanos y sobrinos.

A Loisy María.

A la Universidad de Salamanca por brindarme la oportunidad de esta formación y al Tribunal Electoral de Panamá por permitirme aprovecharla.

A mis amigos.

A Panamá.

A quienes apasionadamente buscan el bien común.

RESUMEN

Este trabajo aborda cómo se reconfiguran los ejes estructurales de la esfera pública (Estado, mercado y medios de comunicación) en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. Se explica en qué consiste dicho tecnosistema político dominado por la ideología neoliberal que encomia la eficiencia técnica, pero propicia un carácter deshumanizante y una «vida en la mentira». Se describe cómo el Estado actúa como un administrador técnico, despersonalizado y burocrático, mientras el mercado impone una lógica utilitaria que perpetúa la desigualdad. Los medios de comunicación, a su vez, controlan narrativas que trivializan y radicalizan la realidad. Se culmina exponiendo la crisis de representatividad en la democracia simulativa que ha generado el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, facilitando la aparición de populismos y autoritarismos que explotan el descontento ciudadano, y han transformado la participación ciudadana en un ritual vacío que banaliza la democracia.

ÍNDICE

RESUMEN	2
INTRODUCCIÓN.....	5
<i>CAPÍTULO 1: Una crítica al posttotalitarismo tecnocrático neoliberal</i>	7
1.1 Características del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal	8
1.2 La ideología neoliberal y su impacto	11
1.3 El carácter deshumanizante del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal.....	14
1.4 Manipulación indirecta y la vida en la mentira	19
<i>CAPÍTULO 2: Ejes estructurales de la esfera pública en el actual tecnosistema político</i>	25
2.1 El estado como eje del tecnosistema político	27
2.1.1 La doble cara del Estado: visible e invisible	28
2.1.2 La reificación del Estado: burocracia y despersonalización.....	30
2.2 El mercado como eje del tecnosistema político	34
2.2.1 Los mercados dejan marca	36
2.2.1 Desigualdad estructural y bancocracia	38
2.2.2 Impacto en los regímenes democráticos.....	41
2.3 Los medios de comunicación como eje del tecnosistema político.....	43
2.3.1 El exceso de información y el control de narrativas: entre la trivialización de la realidad y la radicalización política.....	45
2.3.2 Fakecracia.....	50
<i>CAPÍTULO 3: La crisis democrática en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal.....</i>	54
3.1 Democracia simulativa	55
3.2 Crisis de representatividad: entre populismo y autoritarismo.....	59
3.3 Banalización de la democracia	64
CONCLUSIONES.....	69
BIBLIOGRAFÍA.....	73

INTRODUCCIÓN

El presente trabajo es un análisis descriptivo y crítico de los ejes estructurales de la esfera pública en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. Se ha utilizado una metodología descriptiva para detallar y caracterizar el fenómeno de estudio de una manera precisa y rigurosa. Particularmente, para este estudio, la identificación de las dinámicas de los ejes estructurales de la esfera pública en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal implica una valoración integral crítica de la realidad que permita crear una narrativa coherente y fiel de la complejidad de las interacciones entre el Estado, el mercado y los medios de comunicación, así como su impacto en la democracia y la participación ciudadana.

Esta tarea se aborda en tres capítulos que desentrañan la manera en que los ejes estructurales de la esfera pública se han configurado para perpetuar el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, que bajo la apariencia de democracia, deshumaniza. Tal tecnosistema político obstinado en “extinguir lo humano, es decir, en sofocar el espíritu, ahora contempla su propia impotencia, su fragilidad, para responder de manera coherente y eficaz a un problema global” (Irizar, 2020, p. 12). Bajo esta perspectiva, se abre paso a una ficción realmente alienadora que se hace invisible en una sociedad compleja, pero que es necesario estudiar para entender las dinámicas de poder y control que operan en las democracias contemporáneas en forma de «autocinesis del sistema». En esta «vida en la mentira», el ciudadano “No tiene que aceptar la mentira. Basta que haya aceptado la vida con ella y en ella. Ya con esto ratifica el sistema, lo consolida, lo hace, lo es” (Havel, 1990b, p. 27). Entender esta realidad nos permite descubrir, que más allá de fórmulas políticas o técnico legales, es necesario un retorno radical a lo humano, que no solo es una dimensión axiológica, sino que representa una evidente dimensión política.

El primer capítulo aborda en qué consiste el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, destacando la ideología dominante que le sirve de sustento, su carácter deshumanizante y su capacidad para generar una «vida en la mentira». Este capítulo es esencial para entender las sutilezas de este sistema, que a diferencia del totalitarismo clásico utiliza medios menos visibles pero igualmente opresivos para mantener el control y manipulación, que han influido en la transformación de los ejes estructurales de la esfera pública. El segundo capítulo aborda en concreto la reconfiguración en este contexto de los ejes estructurales de la esfera pública: Estado, mercado y medios de comunicación. Se explica cómo el Estado bajo una lógica dual,

muestra apariencia de formalidad democrática, pero oculta un rostro invisible deshumanizante y violento, transformándose en un administrador técnico que prioriza la eficiencia económica por encima del bien común. Exponemos cómo el mercado, por otra parte, se ha convertido en un eje del tecnosistema que deja marca, dictaminando la forma en que debe gobernar el Estado e imponiendo una lógica utilitaria que perpetúa la desigualdad y permite que los financistas sin escrúpulos, sostenidos por la ideología neoliberal, se beneficien de las políticas públicas. También se explora cómo los medios de comunicación actúan como eje del tecnosistema político, y cómo la era de la sobreinformación ha generado una cultura de distracción que favorece la trivialización y radicalización de la realidad, incluida la política. Este segundo capítulo permite entender directamente cómo funcionan las dinámicas de poder que operan en las democracias contemporáneas a través de los ejes estructurales de la esfera pública. En el tercer capítulo, por último, se aborda la crisis democrática que surge en este contexto. Actualmente vivimos en una democracia simulativa que facilita la aparición del populismo y el autoritarismo que explota sentimentalmente la apatía cívica y el hastío ciudadano por las instituciones políticas. Las soluciones de las desigualdades económicas, y el malestar de incertidumbre se justifican banalizando la democracia, con una lógica autoreferencial a la ideología neoliberal.

En conjunto se presenta una visión comprehensiva y crítica del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal y la transformación de los ejes estructurales de la esfera pública para sus sostenimiento. Este trabajo, por tanto, pretende ser una humilde herramienta que tal vez escape de las fórmulas ritualistas o específicas de estudio, pero sirve como un ejercicio crítico y riguroso que es contextualmente relevante, y puede contribuir para la comprensión y desarrollo de estrategias para enfrentar los desafíos contemporáneos de la democracia.

CAPÍTULO 1: Una crítica al posttotalitarismo tecnocrático neoliberal

Cuando hacemos referencia a regímenes totalitarios, la primera imagen que viene a nuestra mente es la de un dictador, o un grupo dictatorial que, instrumentalizando el Estado, ejerce su poder a través de la violencia y la fuerza desmedida para llevar a cabo ataques sistemáticos y generalizados contra la ciudadanía. El objetivo de estos regímenes es claro y visible, anular las libertades de los individuos para imponer un interés o una ideología a través de políticas represivas de actuación que le sirven de herramientas de control. En contraste, el concepto de posttotalitarismo, evidenciado por Václav Havel (1990b) y desarrollado por Liliana Irizar (2020), se presenta de forma mucho más sutil y, por ello, mucho más perniciosa. Al adjetivarlo con la palabra pos no significa que los efectos totalitarios ya no existan, sino para referenciar que opera mediante mecanismos de control y manipulación menos visibles que el totalitarismo entendido de forma clásica, presentándose a menudo como un paradigma dominante totalmente normalizado e inocuo, pero igualmente (o más aún) opresivo, socavando los cimientos de las democracias sin atisbo de sus causas.

Dicho régimen, presenta notas características que la configuran y sistematizan, “por un lado, la ideología, encargada de proveer los lineamientos y la dirección; por otro, el mecanismo de poder impersonal, ejecutor de tal ideario”(Irizar, 2020, p. 42). Sin la ideología no se sustentarían las alambicadas formas y manifestaciones de dominio que le sirven como coartada para la imposición y manipulación, y garantizan la integralidad del poder en el sistema sin obstáculos de confrontación ni dramas de victimización. Esto ocurre porque los oprimidos buscan autojustificar sus acciones para vivir cónsonamente con una realidad verosímil, aparentemente plausible, pero que bajo una solapada capa de “independencia” e incluso identitaria esconde una humillante condición de dominio que le excluye de lo real. Es lo que Vaclav Havel (1990b) denomina como «vida en la mentira» (p. 27), un mundo de apariencia e insinceridad donde el individuo sirve al sistema, se adecúa a él, se adapta sin apenas notarlo. Por tal razón, en el posttotalitarismo no se busca la conservación del poder por parte de un grupo o un dictador, pues el poder termina siendo consumido por la ideología dominante que sustituye la propia realidad, es “prisionero de sus propias mentiras, y por tanto tiene que estar diciendo continuamente falsedades (Havel, 1990b, p. 26). En otras palabras el poder que inicialmente promovía la ideología termina siendo atrapada por ella, trabajando constantemente para mantener la ficción que la sostiene.

1.1 Características del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal

El posttotalitarismo tecnocrático neoliberal es un fenómeno contemporáneo y complejo que engloba una serie de características, que como hemos visto, le permiten diferenciarse de los regímenes totalitarios clásicos. En primer lugar, se trata de un sistema que aúna la eficiencia técnica y el control económico como estrategias de gobernanza, trayendo como consecuencia una imperceptible y exponencial erosión de los principios democráticos y la participación ciudadana. Este tecnosistema político degenera en una democracia simulada, donde las estructuras formales de la democracia existen, pero su espíritu y funcionalidad se han desgastado. Los orígenes de este sistema se pueden remontar al final de la guerra fría, cuando los regímenes autoritarios dieron paso a nuevas formas de gobierno que intentaban navegar por las complejidades de un nuevo mundo globalizado. Lo característico de este tecnosistema neoliberal es que trata de un componente insidioso que se infiltra en todas las esferas de la vida humana alimentándose de ellas y, a la vez, cercenándolas. Aunque los efectos totalitarios son abrumadores, son con frecuencia inapreciables, es más estandarizados e incuestionados.

El dominio global y totalizador característico del neoliberalismo, es ejercido en la esfera pública por la versión moderna y “eficiente” del mercado en el capitalismo tardío o financiero y de consumo, que como menciona Sandel (2019) ha metamorfoseado una economía de mercado en una sociedad de mercado (p. 18). Este proceso se lleva a cabo junto al aparato tecnocrático de la burocracia política del Estado, y los medios de comunicación establecidos, todos al servicio de este totalitarismo. El resultado final es una combinación de factores que pregona libertad pero termina subyugando a los ciudadanos a una vida definida por el desasosiego, desprecio, desorientación e incertidumbre que repliega y aniquila la esencia humana, esclavizándola. Es necesario destacar la sutileza y sofisticación de sus mecanismos de control y manipulación, porque nos permiten descubrir la razón de su arraigo y persistencia, así como la dificultad inherente para contrarrestarlo. A pesar de que no emplea métodos explícitos de represión o violencia física, ejerce una influencia despótica y desconcertante sobre las democracias, que constituyen una amenaza escalante que oculta y enmascara su naturaleza autoritaria y excluyente. Muy bien capturó la esencia de este fenómeno la pluma de Miguel de Unamuno, al describir que el despotismo en las democracias: “[...] no se deja coger porque está esparcido en las instituciones, porque no

encarna en nadie, porque se le encuentra en todas partes y en ninguna a la vez; es como un vapor difuso, invisible y asfixiante” (Unamuno, 1922).

Tampoco el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal está sometido a la imagen tradicional de la dictadura producto de golpes de Estado contingentes o coyunturales que dan pie a técnicas de control improvisadas o mecanismos de poder que no están asentados sólidamente. En el actual tecnosistema existen unos “mecanismos tan perfectos y elaborados de manipulación directa e indirecta de toda la sociedad que representan hoy una cualidad radicalmente nueva de la base «física del poder»” (Havel, 1990b, p. 19). También se diferencia de la pasión por la revolución de los dictadores y sus seguidores, que caracterizaba los movimientos totalitarios clásicos, porque en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal existe una conciencia social anestesiada, que permite la connivencia con los ejes estructurales de la esfera pública (Estado, mercado y medios de comunicación) facilitando el dominio, con la gran ventaja de imponerse con la venia de aquellos a quienes oprime. El individuo que busca despojarse de coacciones externas, “se somete a coacciones internas y a coerciones propias en forma de una coacción al rendimiento y la optimización” (Han, 2021, p. 5). Esta imposición ideológica es ritualista, y emancipada de la realidad a tal punto de vivir en una sarta de hipocresía y mentiras que es propiciada por los propios integrantes del sistema, desde los altos puestos políticos hasta el «ciudadano de a pie».

Es necesario entender que el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal se ubica en el contexto de una sociedad compleja, una característica fundamental para entender la dinámica de control y manipulación de este sistema. Tanto Byung-Chul Han (2024) al denominar a la sociedad como «sociedad del cansancio», como Innerarity (2004) al denominarla como «sociedad invisible», proporcionan un marco conceptual para analizar dicha complejidad. En primer lugar, la sociedad del cansancio de Han muestra cómo los individuos están constantemente empujados hacia el rendimiento al máximo y a la autoexplotación. Esta autoexplotación es concebida desde la libertad como una virtud, y de ahí su peligro, porque la responsabilidad del éxito recae totalmente en el individuo ocultando las estructuras de poder que pueden hacer perpetuar esta dinámica. La sociedad termina fatigada y agotada, resultado de esta búsqueda imperativa del rendimiento, por incluso encima del sentido de responsabilidad o creatividad, originando individuos depresivos, incapaz de «poder más». En dicha sociedad, el individuo “no está sometido a ninguna instancia externa de dominio

que lo obligue a trabajar o incluso lo explote. [...] El explotador es al mismo tiempo el explotado. Las víctimas ya no se distinguen de los verdugos” (Han, 2024, p. 17). Esta sociedad depresiva y cansada mina la capacidad para cuestionar y resistir las estructuras de poder, dando paso a la culpabilidad del propio individuo y facilitando el dominio de la ideología en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. Innerarity, por otro lado en «La sociedad invisible» aborda cómo nuestra actual sociedad es tan compleja que hace muy difícil discernir las dinámicas de poder, a tal punto que en la actualidad “escapa de nuestra comprensión teórica y de nuestro control práctico en una medida más inquietante que en otras épocas menos perplejas acerca de sí mismas” (Innerarity, 2004, p. 16). La alienación no es del individuo, sino de la sociedad misma. La tecnocracia se aprovecha en este contexto para enmascarar decisiones bajo el mantra de ser técnicas y neutrales, lo que hace difícil identificar las interacciones contingentes en una sociedad tan compleja, y por eso las decisiones políticas son cada vez más opacas para la ciudadanía. Las causas del malestar no son fácilmente identificables, pero se sienten, y esta invisibilidad de las dinámicas de poder dificulta la formación de resistencia efectiva. La gestión de la complejidad de la sociedad, invisible y cansada, es explotada a través de la tecnocracia, que se presenta como el sistema ideal que puede ofrecer soluciones simplificadas a cuestiones complejas, siempre bajo la premisa de la eficiencia. Al final, esta tendencia minimiza los aspectos humanos y éticos de las políticas que permiten entender la complejidad actual de nuestra sociedad, y perpetúa los sistemas de desigualdad y malestar social que ha generado el neoliberalismo.

Por tal razón, en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal no existe una finalidad concreta, ni un dominio de los poderosos, todos servimos al sistema en virtud de la ideología, siendo una «autocinesis» del propio sistema. Los individuos influenciadas (de forma adulatora y cariñosa) por la ideología se convierten en participantes activos, en muchos casos naturalizando o legitimizando el sistema en el que viven. Como menciona Havel (1990b) “la «autocinesis» del sistema demuestra ser mucho más fuerte que la voluntad del individuo” (p. 32), implicando que el individuo no solo entraña una complicidad involuntaria con el sistema producto de las acciones del poder, sino que también comienza a actuar y reforzar activamente la ideología dominante, participando de una ficción construida que, aunque carezca de bases reales, es aceptada y reproducida por la propia sociedad. En este proceso, el mismo poder termina trabajando para este fin, es engullido por la ideología, que pasa a

ser el agente dominador con una gran capacidad de maleabilidad y adaptación totalitaria que no discrimina geografía ni tiempo.

1.2 La ideología neoliberal y su impacto

La ideología impuesta es el neoliberalismo, entendido como un “*mix* de régimen político tecnocrático y despersonalizado al servicio de un sistema económico: el capitalismo financiero” (Irizar, 2020, p. 41). El neoliberalismo en concreto es “una forma de mutación del capitalismo” (Han, 2021, p. 8). Podemos rastrear los orígenes del neoliberalismo en la escuela austríaca de economía de Friedrich Hayek, Milton Friedman y Ludwig Von Mises, quienes abogaron por la idea de un mercado libre como impulsor del progreso, con una intervención estatal mínima. En su desarrollo se han ido incorporando ideas como el objetivismo político o la virtud del egoísmo racional de Ayn Rand (2021) que han promovido el individualismo radical. Se trata de una visión cuadrículada de la libertad que justifica ideológicamente e incluso moralmente muchos postulados alienadores, sin dejar cabida a formas humanas de solidaridad por no responder a cálculos egoístas. Remite a una creencia ciega en el mercado que no conoce límites, casi una obsesión fetichista, que subrepticamente afianza la convicción inquebrantable de que el mercado es el mecanismo más eficiente y adecuado para la asignación de recursos y la solución de los problemas económicos y sociales. Esta creencia, que termina por imponerse como un dogma, asume que son las fuerzas provenientes de la oferta y la demanda las que conducen a los mejores resultados posibles, propendiendo por minimizar la intervención gubernamental y sea el mercado el gran gobernante. Lo cierto es que, al final, la fuerza con la que el mercado asume el mando se vuelve un verdadero axioma que ignora la rampante desigualdad económica, las externalidades negativas y la concentración del poder económico. Esta realidad que es producto de dicha creencia, se pretende ningunear asegurando que son “fallas” del mercado, como si su imposición totalitaria pudiera reajustarse por sí sola, con una fanática y optimista autoreferencialidad.

Finalmente la ideología neoliberal termina por expandirse y volverse totalitaria, involucrando mayor regulación para desregular, traspasando límites morales y reflejando algo mucho más serio: “la penetración creciente del dinero y de los mercados en esferas de la vida que antes no se regían por normas mercantiles” (Sandel, 2019, p. 36). Cabe aclarar en este sentido que el neoliberalismo que aquí se critica es aquel que endiosa el mercado a tal

punto de considerarlo indispensable(y único medio) para el buen funcionamiento del sistema, mientras las injusticias sociales se perpetúan y se justifican. Así pues, es necesario precisar que el neoliberalismo como considera Ballesteros (2020) se diferencia del *liberalismo político* que busca la defensa del Estado de derecho y los derechos humanos, así como la independencia del poder judicial, el cual hay que defender de las tendencias populistas propias de las democracias iliberales; y del mismo liberalismo económico, que es diverso y no siempre asimilable a las teorías capitalistas, como por ejemplo los ordoliberales que creen en la regulación del mercado para evitar la dominación, destacando virtudes como lealtad, sobriedad, equidad y solidaridad, o de economistas como J.M. Keynes y F. Schumacher que propugnan por la corrección tanto del déficit como del superávit, sugiriendo que los países con superávit ayuden a los países con déficit. Esta distinción es relevante, porque considerar el liberalismo funestamente lleva precisamente a pensar que el capitalismo es el señero hegemónico que debe implementarse, sin alternativas. Sin embargo, el neoliberalismo es asimilable al *liberalismo cultural*, en cuanto coloca la autonomía por encima de la dignidad, justificando cualquier deseo personal como lícito, y olvida la vulnerabilidad que es propiamente humana y la priorización de la solidaridad.

La ideología neoliberal, por tanto, al promover el mercado como el valor supremo, desemboca en una forma de autocinesis donde los propios individuos contribuyen a la perpetuación de un sistema deshumanizante. El neoliberalismo se caracteriza por el agotamiento de alternativas, y se presenta como una imposición única y sin ambages. “El giro neoliberal nació bajo el signo de una nueva diosa llamada TINA: *There Is No Alternative*” (Streeck, 2017, p. 288). Este sistema no solo concentra el poder y la riqueza bajo la única alternativa de la lógica mercantil, sino que también crea una «vida en la mentira» en la que la eficiencia del mercado se acepta como un hecho incuestionable, a pesar de las profundas fallas y desigualdades que provoca. En este contexto, la técnica se presenta como la forma privilegiada que tiene el posttotalitarismo neoliberal para hundir sus raíces y servir de instrumento para la autocinesis. De hecho, actúan de forma mancomunada, ya que la ideología neoliberal se combina con el control tecnocrático, creando un entorno donde las decisiones políticas deben ser manejadas por expertos, incluso si implica sacrificar procesos democráticos tradicionales. La tecnocracia privilegia el uso de datos estadísticos y el manejo de modelos predictivos en la toma de decisiones fundamentales, encajando de manera

perfecta con la búsqueda desaforada de “eficiencia” económica. Sin embargo, esta combinación no resuelve problemas propios de la economía como la desigualdad, persistencia de la pobreza, la destrucción medioambiental y el desempleo, a tal punto de considerarlo como parte natural del curso histórico de la vida humana, o de forma tecnocrática como “costes inevitables del crecimiento económico” (Yunus, 2018, p. 49).

La «vida en la mentira» hace *match* perfecto con la tecnocracia porque permite retocar los evidentes fracasos del crecimiento económico capitalista como daños colaterales o ajenos al sistema que los creó, promovió y normalizó. En este sentido, la política se concibe de forma tecnocrática “por cuanto vacía el discurso público de argumentos morales sustantivos y trata materias susceptibles de discusión ideológica como si fueran simples cuestiones de eficiencia económica y, por lo tanto, un coto reservado a los expertos” (Sandel, 2022, p. 30). Sin embargo, tal como sostiene Innerarity (2016), ante las problemáticas políticas si bien es necesaria una gran movilización cognitiva, no se traduce en otorgar el poder absoluto a los expertos, porque estos expertos tampoco están de acuerdo entre sí, ni tienen coherencia suficiente de intereses (p. 85). Por consiguiente el componente tecnocrático del posttotalitarismo neoliberal es la mejor forma de impersonalizar la política, drenarla de cualquier componente ético, centralizarla en una burocracia sin rostro, y ligarla inevitablemente a la creencia neoliberal de que los mercados son el instrumento por excelencia para alcanzar la eficiencia, el “bien público”.

Lo llamativo de esta realidad es que la tecnocracia, crítica de la intervención política por considerarla ineficiente o irracional, vuelve más arrolladora su presencia. El tecnosistema termina autoreferenciándose y dominando todo bajo el argumento de la experticia y el cálculo mercantil, distorsionando el mérito hasta volverlo una forma tiránica y despótica de justificar la desigualdad. En la sociedad del mercado triunfalista se cree bajo una visión optimista (e ingenua) que en un sistema donde se asegura la igualdad de oportunidades cada persona va a recibir lo que merece según sus capacidades y esfuerzo, premiando el mérito, como si las bondades del mercado se desparramaran sin ningún tipo de imposición o dominio que beneficie a una minoría. La desigualdad y los grandes problemas económicos del actual mundo globalizado y neoliberal, vendrían a ser subproductos del crecimiento económico y la competencia. Lo cierto es que tal crecimiento favorece a grupos minoritarios, ensanchando las brechas sociales. Como menciona Sandel (2022), se está

creando una lógica perversa que propicia la soberbia y elitismo meritocrático, y que lleva implícita una cultura de la humillación para los rezagados, y alejando cada vez más del debate político la búsqueda del bien común. Esta lógica es ajena a virtudes humanas como la solidaridad, desinterés y la humildad. La intervención termina siendo aún más avasalladora con el afán de desregular, inclusive haciendo la burocracia más grande y dominante, y el mercado se vuelve el gran Leviatán que domina todo con sus brazos consumistas y economicidas. En un sistema posttotalitario tecnocrático neoliberal, la sociedad se gestiona de una manera similar a una máquina expendedora, las decisiones se implementan de manera automatizada y tecnocrática, están servidas y a elección, empaquetadas llamativamente en datos y eficiencia, pero inaccesibles si no media el capital. La interacción humana y cualquier asomo de ética se minimiza, favoreciendo lo impersonal, la «vida en la mentira».

1.3 El carácter deshumanizante del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal

El posttotalitarismo neoliberal como advierte Vaclav Havel (1990a), se sustenta en una ideología que deshumaniza y desvitaliza a los individuos reduciéndolos a meros engranajes de una maquinaria sistémica. Esta deshumanización es promovida por las formas tecnocráticas de ejercer el poder, que terminan transformando la administración pública en una técnica de dirección y manipulación, eliminando cualquier asomo axiológico del poder político, eliminando por completo cualquier componente humano. Las consecuencias de esta visión son nefastas, porque la dominación burocrática y anónima se vuelve más temible porque “no hay nadie que pueda hablar con este nadie, ni protestar ante él” (Arendt, 2016, p. 135). En este tipo de dictadura todos los que integran el sistema son víctimas y sostén del mismo, no existe una clasificación clara entre opresores y oprimidos, dominantes y dominados, es una imposición totalitaria que no se da entre individuos, sino entre el individuo y el sistema. Tanto el superior jerárquico (gobernantes) como el inferior (ciudadanos) del sistema político contribuyen por sí mismo a lo que Havel (1990b) denominó «autototalitarismo social», que se basa en un mundo de apariencias, mentira e hipocresía.

Este «autototalitarismo» no depende de una figura autoritaria impositiva o venerable, como en el totalitarismo clásico, ya que la ideología dominante suple al dictador, de ahí la facilidad de su traspaso y herencia de generación en generación. De este modo, “todo y todos los que hasta ayer pasaban por «grandes» hoy pueden- e incluso deben- ser relegados al olvido si el movimiento quiere conservar su ímpetu” (Arendt, 2016, p. 136). El carácter

deshumanizante del posttotalitarismo, en otras palabras, consiste precisamente en despojar al individuo de la libertad que tanto pregonaba asegurar con el mercado, cosificándole dentro de un sistema descomunal e impersonal. El carácter despótico del capitalismo financiero, promovido por el neoliberalismo junto con su brazo tecnocrático auxiliar, al priorizar la eficiencia por encima de los límites éticos (que inclusive llega a controlar y trastocar), contribuye a una forma de «vida en la mentira» en la que las decisiones son dejadas en manos de expertos y, en la actualidad de forma mucho más impersonalizada, a algoritmos o fármacos, dejando a los individuos sin poder real sobre sus propias vidas.

La vida real se vuelve virtual o una acción farmacológica en el mejor de los casos, y termina por desconocerse, “desvalorarse” y distorsionarse la generosidad, el amor, el desprendimiento, la magnanimidad, la amistad, la cultura, el conocimiento, la música, la poesía, el perdón, la risa compartida, la gratitud, el cuidado de los seres queridos, el aprecio por una puesta del sol o el aroma de la tierra después de la lluvia, todo aquello que nos hace humanos, por no ser cuantificables ni responder a la «vida en la mentira». Todo esto termina finalmente desplazado por las normas que impone el mercado, o ninguneado por no tener ningún efecto técnico utilitario. De este modo, no debería sorprendernos cómo la tecnología, con sus múltiples ventajas, tiene cada vez más influencias alienadoras de automatización, vigilancia y control, pérdida de espíritu y pasión por la labor realizada, irreflexión, reducción de la interacción humana y dependencia excesiva a las pantallas. En palabras de Daniel Innerarity “la técnica posibilita así una ignorancia que no sólo es inofensiva, sino que podemos considerar incluso beneficiosa” (Innerarity, 2016, p. 23). En este actuar sin reflexionar, y de manera aduladora, la técnica en lugar de ser una herramienta al servicio del ser humano, lo ha dominado y forzado a trabajar en su propio detrimento.

Esta desconexión del tecnosistema con el individuo, paradójicamente termina reforzando actitudes individualistas. Tocqueville (2000) profetizaba en su obra «La democracia en América», que a medida que las condiciones de igualdad se equipararan en un sistema democrático, las personas ejercerían sus libertades en sus propios intereses y asuntos personales, erosionando paulatinamente el sentido de comunidad y escindiendo los lazos de solidaridad entre personas. Esta falta de participación terminaría por debilitar la misma democracia, como si en su seno albergara la simiente de su autodestrucción, considerando que dentro de los fines de la democracia se espera la

participación activa y el compromiso de sus ciudadanos. Tal como sostiene Hanna Arendt (1988), las libertades civiles en un gobierno constitucional tienen un carácter negativo, “no pretenden una participación en el gobierno, sino una salvaguardia contra éste” (p. 144). Esta realidad no dista del carácter deshumanizante propio del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, toda vez que al instrumentalizar las relaciones humanas también se erosiona el sentido de comunidad y solidaridad, valores fundamentales de la democracia, estimulando una cultura del individualismo extremo. Este enfoque deshumanizante, como ampliaremos en el último capítulo, reduce la democracia a un aspecto meramente formal o electorero, convirtiendo las únicas formas de participación en verdaderos rituales vacíos y simulados, deshumanizando a los ciudadanos al considerarlos como sujetos pasivos en lugar de actores que pueden aportar, con una visión de libertad positiva, en la búsqueda y construcción del bien común.

En este acápite vale la pena aclarar, que el individualismo de esta forma entendida no es una satanización de la autonomía política, que es necesario para las sociedades democráticas y que permite al ciudadano intervenir para elegir o ser elegido, para tomar decisiones dentro de un marco normativo, y que implica cierto grado de responsabilidad e interdependencia social. Lo que se pretende exponer es que la licencia para actuar sin ningún tipo de restricción conlleva una libertad ilusoria en la que el individuo actúa únicamente en función de su “propio interés”, restándole cohesión social, y fomentando actitudes que se alejan de la autonomía política, es más, merman la participación política. En el contexto del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal la autonomía política es socavada, y disfrazada de amplias “libertades”, una aparente libertad sin responsabilidad, que no son más que rangos de condicionamiento, influencia y control tecnocrático de una economía consumista y corporativista, de empresas financieras y tecnológicas que operan bajo el principio de eficiencia y rentabilidad que privilegian el mercado por encima de los valores éticos o políticos. Esta forma de entender la “libertad”, enmarcada en la desregulación económica, trae consigo el despojo de la «vida real» y margina las reales intenciones y necesidades de las personas. Así, desde una visión reductiva se desplazan sus intenciones a las fuerzas supeditadas del mercado o algoritmos sugestivos que manipulan el consumo para mantener la «vida en la mentira» cuyas consecuencias negativas son externalizadas, a tal punto que los

individuos están a merced de la precariedad e inestabilidad económica que tanto deshumaniza.

Por otra parte, reconocer los efectos deshumanizantes del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal implica identificar que además de encaminar sus pasos hacia la consumición, se expande globalmente con un sistema institucional tecnócrata que invisibiliza la determinación de responsabilidad. De hecho, cualquier régimen totalitario, como menciona Hanna Arendt, “tiene como parte intrínseca la dominación global de la tierra, tiene como propósito [...] la eliminación de toda realidad no totalitaria en competencia; si no se persiguen como objetivo último una dominación global, lo más probable es que pierdan todo tipo de poder que hayan ya conquistado” (Arendt, 2002, p. 593). Bajo esta realidad, se deja en manos de los bancos centrales o empresas multinacionales las políticas alienadoras que responden a los propios intereses institucionales tal como han expuesto Jesús Ballesteros (2013), Eric Touissant (2015) y Josep Stiglitz (2002). Llamativo resulta en efecto, que algunas de dichas instituciones alimentadas del erario público no presenten ningún tipo de responsabilidad o reporte con los ciudadanos a quienes deben su nacimiento y funcionalidad, al contrario, sus políticas son dirigidas por tecnócratas sin responsabilidad (ni escrúpulos) que Stiglitz denomina como “símbolos sin rostro del orden mundial” (Stiglitz, 2002, p. 27). A puerta cerrada, y con el secretismo corporativista característico de estas instituciones, se deshumanizan las decisiones que afectan a todos los que están fuera de la sala, indignados, excluidos y llenos de incertidumbre, mientras que dentro de la sala oscura de los tecnócratas, estas personas son un dato económico o un subproducto del crecimiento económico.

Pregonando términos de eficiencia, las instituciones internacionales y las corporaciones transnacionales se convierten en mecanismos de expansión de los efectos deshumanizantes, alimentando la autocinesis del sistema, tornando plutocráticas y minoristas sus decisiones. La imposición de tal modelo globalmente tiene efectos demoledores como el sincretismo cultural, destruyendo identidades únicas y reemplazándolas por productos globalizados que responden a la ley de oferta y demanda. La incidencia es tal, que trastoca cualquier faceta humana, incluida las formas de arte y la propia vida universitaria. Decía George Lucas creador de Star Wars, ante el auge de las tecnologías y el abuso de las mismas para crear efectos especiales, “estas contando una

historia usando herramientas, no estás usando herramientas para contar una historia” (Lucas, 2015), explicando que incluso en la ficción debe haber una raigambre humana, que cuente una historia, y no fomente el mundo de apariencias y zalamerías técnicas de producción. En el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal la naturaleza y los recursos naturales son vistas como mercancía, lo que lleva a la sobreexplotación de recursos, la destrucción de ecosistemas siempre y cuando el crecimiento económico sea garantizado. La globalización neoliberal fomenta, de hecho, la sobreexplotación traspasando recursos naturales de países menos desarrollados a los más industrializados, sin considerar los impactos sociales y ambientales, creando ciclos de dependencia y degradación ambiental.

En el propio mundo académico y universitario también se ha introducido la lógica del posttotalitarismo, al pretender considerar el conocimiento como un producto de mercado que puede pagar. De esta manera, la universidad desaliña su esencia como cuna de la verdad y generación de debate sobre las cuestiones fundamentales, incluidas las socio-políticas, y se ha centrado en atender intereses mercantiles, convirtiéndose en una mera intermediaria comercial del conocimiento, aunque sea aparente, distanciándose del conocimiento de la realidad. Esta deshumanización de la academia es una realidad global. A su vez, la obsesión compulsiva por publicar y tener un espacio en el mundo de la academia, lleva a la irreflexión y a la fragmentación del saber para forzar la novedad sin ningún tipo de análisis profundo, como si el saber fuera un consumo y no apropiación o un esfuerzo cognoscitivo (Innerarity, 2016, p. 27). Esto ha llevado a lo que Liliana Irizar (2012) denomina como era de la cienciometría, también tecnocrática y deshumanizadora, caracterizada por la aparición abrupta de “mecanismos y estructuras de medición y evaluación del avance científico y tecnológico que parecen cada vez más alejados e indiferentes respecto de una concepción humanista” (p. 15). No hay conexión ni una visión integral de los problemas sometidos a la investigación, y se reduce a una técnica el caudal de publicaciones, manteniendo los problemas intactos o sin apenas sospechar las causas sistémicas y profundas escondidas, y que no pueden ser solventadas por otro sistema más sofisticado o elaborado. No se trata de ningunear este tipo de publicaciones técnicas, necesarias sin duda, sino de entender que la exigencia de las universidades obliga a la mayoría de los investigadores a esconder análisis más profundos a través de fórmulas (legales o matemáticas) y análisis cuantitativos de datos

que muchas veces ya están manipulados o tienen como propósito evidenciar el mundo de apariencia, lejos de la realidad.

La filosofía, teología y la reflexión meditativa(incluso las ciencias humanas) poco a poco han sido desplazadas por carreras hiperespecíficas, que responden a las necesidades del mercado actual y sus particularidades técnicas. Estas disciplinas son consideradas inservibles o inútiles puntualmente porque su propósito no es servir a algo, sino el conocer por conocer, desarrollando el potencial propiamente humano del saber. Ese aire de familia, rasgo de espíritu y estilo humanista, donde el aporte personal es incorporado esfuerzo colectivo en una investigación, donde se conserva la tradición para adecuarla a los problemas modernos, tal como era el ideal o programa de la escuela de Salamanca (Bleda Plans, 1999), ha sido reemplazado por una lógica de hipercompetitividad, actitudes de desunión y envidia. Las colaboraciones muchas veces llevan un interés puramente utilitario para “prosperar” en la academia. El carácter deshumanizante del posttotalitarismo también afecta otras facetas incluidas la laboral, que tanto promueve el mercado, donde los procesos automatizados, y la deslocalización de la producción a llevado a la precarización y “robotización” de las actividades humanas, todo sacrificable en aras de la eficiencia económica. Además, la tecnología tiene un potencial alienador global, a través del control de la información por la cantidad inconmensurable de datos que procesa, siendo incluso crucial en la expansión del posttotalitarismo, en cuanto las grandes empresas tecnológicas ya tienen el peligroso potencial de influir en los hábitos de consumo de los individuos, y de manejar narrativas públicas que consolidan la ideología tecnocrática neoliberal. El carácter deshumanizante con estos efectos totalitarios se inserta de manera directa y simbólica en cualquier faceta humana, moldeando los ejes estructurales de la esfera pública para conseguir tal propósito.

1.4 Manipulación indirecta y la vida en la mentira

Ya hemos visto como el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal se diferencia del totalitarismo clásico en cuanto a la sofisticación de los medios mediante los cuales impone la ideología, que no son violentos ni directos, pero que hunden a los individuos en una sarta de hipocresía y mentira que aniquila lo real. La «vida en la mentira» cobija no solo a los dirigentes políticos, sino también a los gobernados que apoyan y mantienen esa ficción, presos de una “violencia” sutil que impone su ideología porque son capaces de vivir de esa manera sin ningún tipo de remordimiento. Por tal razón “[...]no sólo el sistema aliena al

hombre, sino que a la vez el hombre alienado apoya a este sistema como su proyecto automático. Como la imagen depravada de la propia depravación. Como el documento de su fracaso” (Havel, 1990b, p. 38). No se trata, por tanto, de crear teorías conspirativas de un gran dominador, o estructuras jerárquicas y monolíticas de manipulación que pretenden un nuevo orden mundial imperialista, sino que el sistema se nutre de todas las esferas, de múltiples agentes en un sistema sumamente complejo, que permite la aparición de las conspiraciones que realmente solapan la ideología al centralizar las críticas hacia ellas. Es como el vapor difuso y asfixiante del que hablaba Unamuno (1922). Por eso es más oportuno “reconocer que vivimos en un mundo en el que, por así decirlo, todos conspiran” (Innerarity, 2004, p. 67). En resumen, la «vida en la mentira» permite una manipulación sutil, eficaz y persuasiva que alcanza toda la realidad, y sin ser una coacción (física o macroscópica), entendida en los términos clásicos, es coaccionable, descentrada, interactiva, poliédrica y, por esa misma razón, compleja.

Por tanto, se trata de un cambio radical en la vida de las personas, con efectos hipnotizantes, articularios y alienantes en la formación de subjetividades, y, concatenadamente en la construcción (o escisión) de lazos sociales. Esta realidad ha dado lugar a la creación de mecanismos e instituciones políticas y económicas que fragmentan a la sociedad, y que predisponen a la búsqueda de lugares endoespecíficos que alejan a los individuos unos de otros. Se trata de vincular la libertad entendida de forma negativa (mi libertad termina donde empieza la de otro) con la asunción de valores alienadores, que en conjunto permiten una situación de farsa. La multiplicidad de formas de entretenimiento, juegos virtuales, el incapacitante exceso de información y el *scrolleo* obsesivo en redes sociales son una muestra significativa de esta «vida en la mentira», tolerada e incluso promovida. En la era digital nos comunicamos a través de impulsos nerviosos, nos enteramos de lo que sucede a través de sucedáneos de la realidad presentados en un video corto de Tiktok, tweets o breves reels, evitando la reflexión, el sosiego para el debate. Las redes sociales nos dan una leve sensación de empoderamiento nada efectiva en nuestra comunidad virtual(sacrificamos autenticidad por encajar en preferencias grupales), nos ofrece salidas humorísticas(muchas veces creativas como los memes), nos incapacitan para la lectura reflexiva y sostenida(los saltos nerviosos que promueven las redes sociales evitan la

apreciación y concentración en la lectura). Han sido un instrumento privilegiado para evadir la realidad.

Dentro de este escenario surge una realidad perversa que toma fuerza y que muestra los efectos perjudiciales de esta «vida en la mentira». La ideología del control emocional ha adquirido tal poder que ha cambiado la dinámica con la cual asumimos retos cotidianos de la vida, exigiéndonos una adaptación a los malestares de nuestro tiempo (precarización, desigualdad, incertidumbre); una dictadura de la felicidad que nos interpela a ser “resilientes”; asimilar éxito con crecimiento económico o acumulación de riqueza, un afán de triunfo; a la búsqueda desmesurada de progreso (sin saber muy bien hacia dónde); la aparición de coachings y gurús emocionales; reprobar los sentimientos de tristeza o inconformidad, “llorar” para fingir alegría inmediatamente; y la asistencia farmacológica (altamente industrializada) como forma de evasión. El control en la «vida en la mentira» se acerca más a los postulados de Huxley en «Un mundo Feliz», que los de George Orwell en «1984». Bajo una retórica meritocrática y dañina de que cada uno obtiene lo que desea, se termina culpabilizando al individuo de su situación depresiva, de no gestionar sus emociones, de no querer sedarse, cuando realmente es víctima de un sistema que le excluye, lo precariza, lo deshumaniza, que le falsea su vida. Se trata, como apunta Carlos Javier González de un «régimen emocional totalitario de lo positivo» que permite mantener el statu quo de las condiciones que generan malestar y desigualdad, y que aún más, las profundizan y las vuelven protagónicas (González Serrano, 2023). Como también apunta Byung-Chul Han (2021): “Quien fracasa en la sociedad neoliberal del rendimiento se hace a sí mismo responsable y se avergüenza, en lugar de poner en duda a la sociedad o al sistema. En esto consiste la especial inteligencia del régimen neoliberal” (p. 11). De esta forma, no deja que exista la resistencia en el régimen neoliberal, porque no existe un explotador, sino una auto explotación. Sentencia “En el régimen neoliberal de la autoexplotación uno dirige la agresión hacia sí mismo. Esta autoagresividad no convierte al explotado en revolucionario, sino en depresivo” (Han, 2021, p. 11).

No extraña en este contexto que la ruptura de los lazos sociales, el individualismo sistemático que surgen en el posttotalitarismo hayan ocasionado un impacto significativo en la vida de las personas, a tal punto que es común encontrar cuadros depresivos en personas

no diagnosticadas psiquiátricamente, lo que parece ser la pandemia real más incisiva en la actualidad. Enmascarada detrás de la teoría del control e inteligencia emocional

[...] se esconde toda una maquinaria manipuladora que no deja ver las causas de nuestros malestares contemporáneos: las prisas, la adicción a las pantallas, la perpetua dilación de las expectativas, la precariedad, la angustia por estar a la altura de las exigencias sociales de éxito y progreso y un larguísimo etcétera que queda sumergido bajo una máxima: «hay que adaptarse». (González Serrano, 2023)

Otra consecuencia natural de la «vida en la mentira» y la manipulación indirecta, es la despolitización a través de la tecnocracia que permite seguir en la ficción sin discriminar instituciones, sean democráticas o no. Así es como surgen espacios políticos fingidos, o tan complejos que escapan muchas veces de nuestra comprensión, y que se conceden a los individuos para darles la apariencia de vivir en libertad, pero que son realmente individualizaciones autogeneradas productos del dominio hegemónico implementado. Estos espacios son aprovechados para una retórica del ascenso social donde cada quien es capaz tan lejos como sus capacidades y voluntad lo permitan, y de obtener lo que merece, convirtiendo el mérito en una tiranía. Un coctel tóxico con consecuencias nefastas según Sandel (2022), ya que en “condiciones de desigualdad galopante y movilidad estancada al reiterar el mensaje de que somos individualmente responsables de nuestro destino y merecemos lo que tenemos erosiona la solidaridad y desmoraliza a las personas a las que la globalización deja atrás” (p. 96).

La ventaja que lleva el posttotalitarismo radica precisamente en que se alimenta de cualquier sistema político. Su carácter deshumanizador le permite ocultar su careta bajo cualquier tipo de institución, crear la «vida en la mentira» bajo cualquier régimen incluido el democrático, que no ha sido, ni es, el antídoto natural. La ideología institucionalizada reduce el sujeto a su relación con el sistema, como la única y necesaria, aunque se trate de una ficción. “Cuanto más completo sea el mundo de la apariencia, tanto más impenetrable la apariencia como ideología” (Adorno, 1990, p. 509, como se citó en Innerarity, 2004). Así por ejemplo, la forma en que se ha fagocitado el totalitarismo en los regímenes socialistas a sido a través de la supuesta planificación perfecta del régimen de distribución de producción, en la ideología nazi la sociedad basada en la guerra para conseguir el ideario de pureza racial,

y en la actualidad posttotalitaria sin medios violentos de imposición a través de la ideología neoliberal que reduce toda la relación del sujeto a las derivadas de la sociedad de mercado. Y aunque pareciera sutil la imposición, la contingencia a la cual se ve remitido, es que las estructuras políticas con su influencia totalitarias llevan poco a poco a la “limitación de los derechos humanos a los derechos humanos liberales, cuya tendencia es la de imponer el automatismo del mercado como base del orden social” (Hinkelammert, 1990, p. 208). Como el caudal de decisiones técnicas en política están basadas en análisis científicos se les puede cubrir bajo una apariencia de neutralidad y racionalidad, que despolitiza las decisiones al hacer parecer que no existe alternativa posible o necesaria, y por tanto no es necesario el debate público. Así mientras la desigualdad y el asentamiento de élites siguen intactas, surge la sospecha y desconfianza de que los políticos tecnócratas están disociados, pregonan discursos vacíos y huecos, pero en la autocinesis del sistema la “realidad” se resuelve manteniendo los postulados neoliberales con la reacción populista, la creación de enemigos a quienes hay que expulsar o encarcelar (populismo punitivo), la institucionalización de la violencia, los odios extremos, la humillación de los rezagados en un mundo que genera brechas sociales cada vez más abismales.

La tecnocracia contribuye a la creación y apariencia de consenso que realmente ocultan políticas diseñadas para evitar el disenso, mutando hacia soluciones populistas, que aunque siguen siendo soluciones corporativistas y empresariales, son presentadas como inevitables y racionalmente correctas. Estas políticas, a menudo demagógicas, son aceptadas socialmente, mientras se mantiene incólume la apatía cívica hacia las cuestiones políticas. El peligro del posttotalitarismo, justamente es que esa «vida en la mentira» no puede ser resuelta militarmente o mediante guerras, sino que es asumida inconscientemente incidiendo en la conciencia colectiva, y generando diferentes malestares esporádicos y efervescentes que no terminan por liberar de la imposición. Esta «vida en la mentira» es mantenida por los gobernantes con la finalidad de continuar en la ficción, lo que lleva a que cada gobierno de turno se referencie a sí mismo, con una soberbia inusitada, sin ni siquiera arrepentirse de sus decisiones o pedir perdón por actos contrarios a la búsqueda del bien común o teñidos de corrupción. Existe una tendencia a proclamar con autobombo sus “logros”, y rellenando de publicidad la fantasía de un buen país, como si vivieran en una realidad alterna, totalmente disociada del sentir ciudadano. Lo triste es que realmente así lo creen y defienden. De hecho

el mismo ciudadano, en algunas ocasiones indignado, muestra su descontento sin ningún movimiento sistemático. Esto abona el terreno para la aparición del populismo y regímenes autoritarios, cuyos gobiernos generalmente impulsan reformas constitucionales con aires de renovación pero que en realidad buscan perpetuarse en el poder, escondiendo sus verdaderas aspiraciones bajo una fachada de formalidad.

En definitiva, tal como sostiene Arendt (2002) el totalitarismo se caracteriza por “su desprecio por los hechos, su estricta adhesión a las normas de un mundo ficticio” (p. 593), donde el poder tiene como reto el enfrentamiento directo con la realidad. Por tal razón, la despolitización a través de la tecnocracia y la «vida en la mentira» se refuerzan mutuamente al presentar las soluciones tecnocráticas como neutrales, sin ningún valor ético (ni siquiera político), bajo una apariencia de inevitabilidad técnica que debilita la democracia y perpetúa el control hegemónico de la ideología, fomentando una ciudadanía pasiva, incapaz de decidir “técnicamente” y sustituyendo el debate público por la expertocracia. Esto no solo perpetúa la desconexión entre gobernantes y ciudadanos, sino que también prepara el terreno para la aparición de regímenes autoritarios y populistas que permiten alimentar la realidad distorsionada.

CAPÍTULO 2: Ejes estructurales de la esfera pública en el actual tecnosistema político

En el capítulo 1 se exploró en qué consiste el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, y cómo este ha contribuido al carácter deshumanizante del tecnosistema político y a la «vida en la mentira». Este tecnosistema que favorece descaradamente intereses mercantiles, ha precipitado una crisis de valores humanos y políticos que favorece el desencanto cívico y la normalización de la corrupción fundamentada en la credulidad absoluta hacia un sistema político- económico inerte, incapaz de solventar los malestares que él mismo ha generado. Este fenómeno no es restrictivo, ni es novedoso, sino que parece ser una constante característica que perturba todas las democracias occidentales. La crisis se agrava por el desinterés de una ciudadanía que se siente excluida e incapaz de hacer un cambio político revulsivo entre tanta podredumbre, en un ambiente saturado de corrupción, en un tecnosistema que avasalla la conciencia cívica, incluso violentamente. Bajo esta realidad, debemos hacer referencia al término sociológico acuñado por Habermas, la esfera pública, entendida como un dominio de la vida social donde se puede debatir y deliberar libremente sobre asuntos de interés común, sin interferencia del Estado o del mercado directamente. Se trata de un concepto “colocado entre la sociedad civil y el sistema política, como una estructura funcionalmente diferenciada de las sociedades modernas”¹ (Habermas, 2023, p. 4) y que es fundamental para “asegurar la existencia de una comunidad democrática” (Habermas, 2023, p. 5). Concretamente, Habermas (2023) en «Nuovo muttamento della sfera pubblica e politica deliberativa» se cuestiona sobre los nuevos horizontes de estudio de la esfera pública dados los cambios estructurales que ha supuesto la era digital e internet, y los medios sociales, que han fragmentado la esfera pública y dispersado las opiniones generales. Lo anterior, borra el espacio político para la deliberación democrática y los procesos de reflexión característicos de su teoría.

En este contexto el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal expone parte de este último pensamiento Habermasiano, en cuanto este tecnosistema político redefine y manipula la esfera pública mediante la interacción de sus ejes estructurales: el Estado, el mercado y los medios de comunicación social. Mediante la tecnoestructura, “estos tres

¹ Traducción propia.

componentes hegemónicos del estado del bienestar han ignorado las vitalidades emergentes constituidas por los ciudadanos y los grupos sociales primarios: las solidaridades básicas” (Irizar, 2014, p. 14). En lugar de de nutrir las bases de comunidad, han relegado las dinámicas de participación, deliberación y activación ciudadana, implementado un control abarcante e invasivo de las esferas públicas, que pretende el exterminio de lo real, sacrificando la realidad y la profundidad de la experiencia humana (incluida la democracia) todo en aras de la sacrosanta eficiencia económica. Los ciudadanos se ven superados e influenciados por los ejes estructurales de la esfera pública. Así lo presagió en su momento Leo Moulin (1962):

La imagen de una expertocracia, de una tecnocracia, o de una burocracia omnisciente, omnipresente y omnipotente, que disponga a su antojo del alma de las personas, es en gran parte y hasta nueva orden, al igual que la máquina de pensar, uno de los espantajos del mundo moderno. (p. 121)

En este capítulo se explorará cómo, bajo el contexto del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal la interacción entre estos ejes estructurales de la esfera pública ha cambiado, y han adquirido un carácter instrumental que refuerza el status quo o facilita el mantenimiento del tecnosistema político. Estos tres ejes actúan en conjunto para mantener y reforzar el tecnosistema político neoliberal, contribuyendo directamente a la banalización de la democracia. “La sociedad competitiva y adquisitiva de la burguesía ha producido la apatía, incluso la hostilidad hacia la vida pública” (Arendt, 2022, p. 492). Con la «autocinesis» del sistema, la democracia no solo se vacía de su contenido participativo sino que está en vilo su desaparición (ya sea de forma directa o indirecta), porque ni siquiera las elecciones reflejan una auténtica representatividad y poder transformador. El Estado se convierte en una burocracia dominante, un mero administrador y facilitador de las dinámicas mercantiles que desgastan la cohesión social, y bajo una apariencia de neutralidad técnica promueve políticas que terminan favoreciendo a las élites económicas dominantes (que se nutren del neoliberalismo), cuyo vacío permite la aparición del populismo y autoritarismo, alejándole totalmente de su función como garante del bien común y de la democracia. El rasgo hegemónico del mercado desplaza y redefine los valores democráticos en términos de consumo y competencia, fomentando una cultura del individualismo extremo que erosiona el sentido de comunidad y valoración social,

privilegiando el éxito material y la eficiencia por encima de otros valores, justificando la desigualdad y la bancocracia. Los medios de comunicación social ayudan a difundir la narrativa pública del éxito económico, promueven la cultura de la distracción y el espectáculo mediático que debilita el potencial crítico de la ciudadanía, convirtiendo sus aspiraciones en un producto del mercado donde solo prevalece la superficialidad y el sensacionalismo. De esta manera, los ejes estructurales de la esfera pública terminan siendo un factor clave en la deshumanización que promueve el tecnosistema político, contribuyendo a la perpetuación de un entorno de corrupción donde la propia democracia termina siendo insustancial, un entorno que favorece la apatía y el desencanto ciudadano.

2.1 El estado como eje del tecnosistema político

El Estado como eje central del tecnosistema en el contexto del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, desempeña un papel crucial en la perpetuación de estructuras de poder que impactan significativamente en la vida política, social y económica, sufriendo una transformación profunda al redefinir su papel en base a las dinámicas que impone el tecnosistema neoliberal. Este rol se manifiesta reduciendo la política a una forma de adoptar decisiones en el ámbito público que solo pertenece a la técnica, dicho de otro modo, transformando su componente social en una forma tecnocrática de dominio del poder que reduce sus opciones a medios y fines, quitándole toda valoración moral o ética. Si antes el Estado era el protector y promotor del bien común, a quién se le encomendaba la tarea de garantizar derechos y distribuir recursos de manera equitativa para asegurar la justicia social, el estado se reconfigura como un administrador técnico cuyo principal objetivo es la eficiencia económica.

En este sentido el Estado es un espacio parapolítico, un factor o productor de flujos mercantiles, que utilizará la técnica para evitar cualquier disenso con la ideología neoliberal. Tal funcionamiento del Estado basado solamente en parámetros técnicos-administrativos y métricas sofisticada crean una percepción de creciente despersonalización que aterrizan aparatosamente en la desafección cívica y desconfianza en el sector público. Por tal razón en “el Estado contemporáneo, como es natural, existe un distanciamiento mayor entre el poder y el individuo” (Irizar, 2020, p. 33). Esta distancia no es insalvable, sino que se acorta mediante el uso de la ideología que servirá como puente que facilita el acceso al individuo,

y viceversa, aunque centralizando el poder al margen del ciudadano. La ideología vendría a ser el mecanismo para legitimar y naturalizar la tecnoestructura, incluso permitiendo la justificación moral y racional del neoliberalismo, cooptando la participación y el compromiso cívico, reduciendo la disonancia cognitiva y la sensación de dominio propias de un Estado totalitario, reconciliando en el individuo las narrativas ideológicas dominantes con sus propias experiencias personales, en pocas palabras alienándolo al tecnosistema político en su forma de Estado.

2.1.1 La doble cara del Estado: visible e invisible

Es por ello que en las actuales democracias conviven estructuras que Danilo Zolo denomina *doble Estado*. Este concepto se refiere a la coexistencia de un Estado visible y un “Estado invisible, una suerte de bajo fondo indescifrable a la formalidad democrática” (Zolo, 2010). El supuesto poder formal de la democracia, accesible y visible a los ciudadanos, es eclipsado por un poder informal y opaco, que termina siendo controlado por élites y actores con agendas específicas, pero finalmente engullidas también por la ideología dominante. Así lo considera Daniel Innerarity (2020) al referirse que en las democracias complejas “el poder se ha desplazado de los estados nacionales a los conglomerados anónimos que tienen una localización incierta, escapan a las obligaciones de control político y no han de dar cuentas ante ningún electorado” (p.109). Esta dualidad ha ocasionado que hasta la mínima forma (única en muchos casos) de participación ciudadana que configura y sustenta las democracias representativas, como lo son las elecciones, pierdan su verdadero sentido. Algunos autores, como Guy Hermet, incluso consideran que “las oligarquías liberales no habrían permitido jamás el surgimiento del sufragio universal tal y como lo conocemos, si éste no se hubiese mostrado como una amenaza incontrolable en lugar de un medio para reforzar su legitimidad” (Hermet, 1989). Esta situación contribuye a la creciente desilusión con las instituciones democráticas, que reduce la participación al voto o su salvaguarda, y que cada vez es más insuficiente ante una ciudadanía emergente que desea se le escuche. Esto es un aspecto central de la autocinesis del sistema, porque mantiene las estructuras de poder, tal como menciona Zolo (2010):

[...]no son los electores quienes deciden cuáles cuestiones políticas deben ser puestas a su juicio: alguien antes que ellos y en su lugar establece qué se debe poner a su consideración y qué en cambio reservar a los acuerdos

secretos, eliminando cualquier riesgo de desestabilización institucional. (p. 38)

El Estado se presenta así con dos caras. La visible es la del aparato gubernamental que incluye las instituciones democráticas formales, a saber el parlamento, los tribunales y sistema electoral, dando la impresión de vitrina de un Estado que a primera vista sigue los lineamientos y principios democráticos, pero que están influenciadas y manipuladas por la eficiencia económica y la tecnocracia, agotando cualquier forma de deliberación democrática. De tal manera, que el Estado visible se convierte en un administrador técnico que utiliza de forma simbólica y simulada democracia para legitimar el tecnosistema, y que no permite una auténtica capacidad de cambio o resistencia. El Estado invisible, por otra parte, es el aparato gubernamental que opera tras bambalinas, donde se toman las decisiones más importantes y estratégicas que afectan a la sociedad. Esta invisibilidad, producto precisamente de la complejidad de la sociedad actual, está compuesta por redes de poder económico, burocracias tecnocráticas que no son fácilmente accesibles ni transparentes para la ciudadanía. La interacción de ambas caras de la moneda presenta la fachada de valor, una dualidad que facilita la manipulación y control social que hacen opacas las dinámicas de poder reales, o difíciles de desafiar.

La ideología juega un papel crucial en mantener la estructura de doble Estado, porque sirve como puente para justificar esta estructura dual y encubrir como una realidad inevitable la coexistencia del estado visible e invisible. Además, asegura que la formalidad del voto, como pináculo de la democracia, legitime la tecnoestructura(en sus formas populistas o incluso autoritarias, como es tendencia) a pesar de las evidencias de manipulación y control. El Estado de esta forma se convierte en un instrumento para el beneficio de las élites que controlan el poder económico, quienes manejan a sus anchas el caudal del erario público como botín para realizar prácticas clientelistas y politiqueras que ayudan a mantener el status quo en un círculo vicioso de corrupción. En su concepto de autoridad en el totalitarismo de Hanna Arendt, compara la estructura fuera de los esquemas piramidales y jerárquicos, presentándola en capas concéntricas, similar a una capa de cebolla (Arendt, 2020, p. 156). Esta estructura permite mantener una fachada de normalidad en el mundo exterior, mientras que en realidad el movimiento totalitario(incluido el posttotalitario tecnocrático neoliberal) opera con un nivel de radicalidad y control mucho mayor. “La gran ventaja de este sistema

es que, aun en condiciones de gobierno totalitario, el movimiento da a cada una de sus capas la ficción de un mundo normal, a la vez que la conciencia de ser distinto de él y más radical” (Arendt, 2020, p. 157). La anterior idea de Arendt se puede relacionar estrechamente con la estructura del doble Estado y la manipulación de la autoridad. El posttotalitarismo tecnocrático neoliberal mantiene una apariencia de normalidad democrática a través de sus instituciones visibles, mientras que en realidad, el verdadero poder y control se encuentran en una estructura interna invisible y tecnocrática. La estructura totalitaria de capas concéntricas externas que rodean el centro, son las instituciones visibles que mantienen la percepción de normalidad y funcionalidad, pero que realmente rodean un espacio vacío que representa el núcleo ideológico neoliberal y tecnocrático que guía las decisiones políticas, pero que no es visible ni accesible a la mayoría de los ciudadanos, o que esconde un abismo que separa su propio mundo del real. Por tal razón, “la estructura de capas concéntricas hace que organizativamente el sistema esté a prueba de golpes ante la factualidad del mundo real” (Arendt, 2020, p. 157). La robustez de esta organización en capas concéntricas asegura que, incluso frente a crisis o desafíos externos, el sistema pueda continuar operando y manteniendo su control. En otras palabras, la flexibilidad y adaptabilidad de estas capas permiten que el doble Estado absorba y neutralice impactos o movimientos de resistencia y participación ciudadana.

2.1.2 La reificación del Estado: burocracia y despersonalización

Dicha realidad dual acaba finalmente por generar lo que Alan Wolfe (1987) denominó como la reificación del Estado, evidenciando la crisis del Estado en el capitalismo tardío (que tiene que ver con la visión tecnocrática del mismo) que se ha vuelto prácticamente inútil a pesar de ser cada vez más grande. La reificación del Estado se entiende como la transformación de este en una entidad deshumanizada, funcionalmente reducida a sus aspectos técnico-administrativos que responden a la ideología neoliberal que pretende implementar. Se trata de objetivar o comprender erróneamente el Estado cuando en realidad posee un carácter distinto de su apariencia inmediata, transformándolo a través de una serie de procesos que despersonalizan y burocratizan las relaciones entre ciudadanos y Estado, con las consecuencias profundas para la democracia y la propia esfera pública. Como Wolfe (1987) deduce: “La única conclusión que es posible obtener es que el gobierno se ha convertido en un ingrediente fundamental del capitalismo moderno” (p. 281). En el contexto

del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, la relación entre el doble Estado y la reificación del Estado es sinérgica. La reificación permite crear a través de la burocratización la infraestructura necesaria para que las dos caras del Estado funcionen eficazmente. La burocracia se convierte en un amortiguador, despersonalizando y formalizando las interacciones para que los ciudadanos no perciban directamente la influencia del Estado invisible. Las capas externas del Estado visible, altamente burocratizadas operan con fachada de tecnicismos legales y eficiencia tecnocrática.

Max Weber ya describía la burocracia como una estructura organizativa eficiente y racional, pero en aumento y tendencialmente incontrolada. La burocracia como sistema de administración se rige por normas y reglamentos formales, en busca de la eficacia y la previsibilidad, pero a costa de la autonomía personal y la discrecionalidad individual. Según Weber la autoridad en la burocracia proviene del orden impersonal legalmente establecido y “Se extiende a las personas que ejercen la autoridad del cargo bajo él sólo en virtud de la legalidad formal de sus órdenes y sólo dentro del ámbito de autoridad del cargo”² (Weber, 1947, p. 328). Por ello, el estatus se legitima solamente en virtud de las normas, del cargo que ocupan, e incluso sus poderes se limitan a través de una esfera de competencia que ya está determinada en el orden legal preestablecido. El análisis de Weber sobre la burocracia pone de relieve que es inherente a ésta forma la despersonalización y reificación del Estado, alimentando la sensación que la autoridad se liga o vincula principalmente a los cargos oficiales antes que a las personalidades individuales, haciendo que el Estado parezca más lejano y opresivo a los ciudadanos. Por eso en el contexto del Posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, la burocracia se transforma sin dificultad en un mecanismo de control que reduce las políticas públicas del estado a meros cálculos técnicos. De hecho, la despersonalización de la política es consecuencia directa de la burocracia dominante, que en lugar de considerar a los ciudadanos como individuos con necesidades y derechos, se reducen a números y datos(muchos de ellos manipulados). La burocracia inevitablemente lleva a un nivel de control basado en reglas formales que puede llevar a una pérdida de conexión personal, y un sentimiento alienador entre los ciudadanos y las instituciones. Ya lo explicaba (y profetizaba) perfectamente Arendt (1970):

² Traducción propia

En una burocracia totalmente desarrollada, no queda nadie con quien discutir, nadie a quien presentar las quejas, nadie sobre quien pueda ejercerse la presión del poder. La burocracia es una forma de gobierno en que todos quedan privados de la libertad política, del derecho de actuar: pues el gobierno de Nadie no es el no Gobierno, y donde todos igualmente son impotentes lo que tenemos es una tiranía sin tirano. (p.72)

Esta transformación del Estado en una entidad que opera bajo lógica tecnocráticas y burocráticas se aleja cada vez más de los intereses ciudadanos. Muta de tal manera en un aparato que ejerce cierto control aparente e insuficiente sobre una ciudadanía compleja, legitima las desigualdades y deshumaniza la política. El Estado pasa a ser un eje estructural del tecnosistema, clave para su funcionamiento y perpetuación. En consecuencia “la creciente actividad del estado refleja no la expansión de las alternativas, sino el agotamiento de las mismas “[...] cuanto más hace el estado, menos puede hacer” (Wolfe, 1987, p. 282). Esta reificación ahoga toda inspiración ciudadana de renovación y favorece la inacción política, porque las instituciones públicas se perciben como ajenas a la búsqueda del bien común. Además de ello, la asignación de responsabilidad en un mundo altamente complejo y burocratizado termina por generar caos y confusión, lacerando aún más los lazos sociales. Estamos frente a “un mundo de responsabilidad limitada, cuando no difusa o abiertamente irresponsable, sobre el que no puede establecerse ningún control y del que nadie se hace cargo” (Innerarity, 2020, p. 119). La naturaleza intrínsecamente despersonalizada de las estructuras burocráticas dificulta la identificación de los verdaderos responsables de las decisiones que afectan la colectividad, y en este contexto las injusticias y los abusos se normalizan, aflorando la corrupción sistémica, desdibujando de tal forma las fronteras entre lo ético y lo funcional. A su vez, la ciudadanía queda atrapada en una maraña de procedimientos burocráticos que anulan cualquier intento de cambio significativo.

Ante esta evidente pérdida de confianza en los organismos estatales y su nula influencia en el aseguramiento de las condiciones básicas de convivencia y vida digna, el Estado pierde su legitimidad y autoridad, promoviendo la desconfianza en quienes detentan el poder público, esto “parece tratarse de un fenómeno mundial de los años postreros del siglo XX” (Strange, 2001, p. 21). Este proceso de reificación, sin embargo, no es una mera casualidad o la culminación de las consecuencias del Estado tecnocrático en las postrimerías

del siglo XX, sino que representa un avance progresivo y concatenado que sigue lacerando lo que entendemos por democracia. El individualismo sistemático es sin duda parte de este desequilibrio, ya que las personas están más preocupadas por trivialidades que atañen su esfera personal y la ideología dominante ha terminado por causar repugna o aversión a las cuestiones políticas, desmeritando formas de inquietud social. Por esta razón el repliegue hacia la vida privada se reduce finalmente a dejar en manos “expertas” los aspectos técnico-políticos, pero acaba reforzando la corrupción sistemática y la ausencia del Estado visible, como a su vez afianzando la presencia del Estado invisible. La ciudadanía prefiere la indiferencia al no entender su papel en este tecnosistema que le rebasa.

En estas circunstancias surge la omnipresencia de intereses particulares, que dice mucho de la forma en que se han manejado las políticas públicas carentes de legitimidad y representación en sentido amplio, y que “ha tenido lugar principalmente bajo el control de una serie de actores recurrentes, que en determinadas ocasiones han respondido con medidas y políticas públicas particulares a los reclamos que otros actores organizados han realizado, pero siempre sin cuestionar los arreglos y el control de las élites en diversas áreas”(García-Rendón & Subinas, 2023). De esta manera, a la hora de formular políticas públicas se imposibilita una visión a largo plazo y colectiva, porque ciertos grupos de poder han secuestrado el poder político reificado e implementado su visión mercantil. Dicha situación ha permitido que las políticas públicas sean manejadas por la omnipresencia de intereses particulares, sistematizando y normalizando esquemas de corrupción:

[...]en la que participan un poder fáctico (individual o colectivo), portador de intereses particulares y con poder de influencia para garantizar condiciones de impunidad, a fin de lograr que agentes públicos o privados poseedores de capacidad de decisión, ejerciten actos ilegítimos y/o ilícitos que afectan valores éticos de integridad y justicia, violentando así normas legales para obtener beneficios económicos, políticos o sociales. (Leis, 2009, p. 11)

Al final el esquema gubernamental junto con las élites económicas que dominan el país hace oídos sordos a las necesidades de inclusión y de participación de la ciudadanía en la formulación, implementación y evaluación de políticas públicas, ya que ni siquiera defienden intereses que provengan de un plano político real, o incluso ni siquiera partidista,

sino la omnipresencia de intereses particulares. Todo esto, trae problemas de legitimación y satisfacción que hacen mella en una ciudadanía hastiada, desencantada cívicamente, y que hacen latente formas de estallido social con vocación de crisis profunda.

En conclusión, en el panorama del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal el Estado se presenta como un eje del tecnosistema político que lo aleja de su función tradicional de protector del bien común, y custodio de los derechos humanos. Cobijado bajo ese paradigma, opera principalmente como un administrador técnico que centra sus esfuerzos en la consecución de la eficiencia económica, reduciendo la política a una simple implementación de decisiones técnicas, sin ningún juicio de valor moral. Esta tecnocratización genera una distancia entre el poder y el ciudadano que es salvada a través del uso de la ideología neoliberal actualmente legitimado por una estructura dual del Estado, una visible y otra invisible. El Estado invisible se transforma en un círculo autopoietico que se alimenta a sí mismo de quimeras, sin punto de llegada ni de partida, desplazando poco a poco lo humano para dar paso a estructuras anónimas que conforman el entramado frío de una sociedad burocrática. La ideología que sustenta esta dualidad y la justifica, además, centraliza el poder y vuelca sus efectos totalitarios sobre el individuo a través de la burocracia. En la burocracia dominante, el gobierno de nadie (que no es necesariamente no gobierno) insiste Arendt: “bajo ciertas circunstancias, incluso puede resultar una de sus versiones mas crueles y tiránicas” (Arendt, 2021, p. 51). Lo anterior refuerza la percepción de un poder formal opacado e invisible, y hasta la mínima forma (única en muchos casos) de participación ciudadana que establece y sustenta las democracias representativas, las elecciones pierde su verdadero sentido. La reificación del Estado, alejada de los intereses de los ciudadanos y que contribuye a la alienación política que fomenta esquemas de corrupción, mientras las estructuras democráticas se vacían de contenido y descarta el propósito original de representar y servir al bien común.

2.2 El mercado como eje del tecnosistema político

El mercado se ha convertido en un eje de la esfera pública que se posiciona como el principal organizador de la actividad económica. Ya se explicó cómo el Estado se vuelve un administrador técnico priorizando la eficiencia económica y competitividad mercantil, de tal forma que el mercado no solo presenta las directrices de acción de las políticas económicas, sino que también dicta el marco dentro del cual el Estado opera. La ideología neoliberal

promueve la idea de que el mercado es el mejor regulador de la sociedad, reforzando y a su vez legitimando su dominio hegemónico. Todo esto lo consigue bajo la óptica del utilitarismo, donde el bienestar individual se subsume al supuesto bienestar agregado, y en su afán por maximizar la utilidad total puede justificar desigualdades si se llegara a considerar que estas contribuyen a un bienestar general mayor. La verdad es que tal como sostenía Hanna Arendt (2021) “en un mundo estrictamente utilitario, todos los fines están sujetos a tener breve duración y a transformarse en medios para posteriores fines” (p. 172). Los fines económicos por tanto están destinados a transformarse continuamente en medios para alcanzar nuevos fines, porque en este contexto no existe diferencia entre el producto que el mercado fabrica y su finalidad, inclusive dicho producto es idéntico a su proceso de fabricación, asumiendo un carácter de automatismo.

El neoliberalismo torna dogmático el automatismo del mercado, tratándolo como una técnica social que se repite de manera continuada con la finalidad de mantener y corregir el mercado ante sus evidentes fracasos. Esta visión automatista supone que las fuerzas del mercado, si actúan libremente, equilibrarán por sí solas las discrepancias y corregirán cualquier problema económico. Sin embargo, como ya vimos, la visión utilitarista del mercado termina convirtiendo las correcciones necesarias en un fin para luego mediatizarse nuevamente, no son vistas como fallas del sistema en sí, sino como ajustes temporales. Bajo este contexto “las crisis económicas no son consecuencia del automatismo del mercado, las que hay que enfrentar por correcciones del mercado e intervenciones, sino que son consecuencia de una implantación insuficiente de ese mismo automatismo del mercado” (Hinkelammert, 1990, p. 188). Esto sugiere que las crisis y fallas del mercado se atribuyen a la falta de implementación del sistema de mercado automatizado que las ocasionó, de tal manera que cualquier intervención ajena o externa se considera una interrupción de este automatismo del mercado y por tanto insuficiente para resolver la crisis. Se crea un ciclo interminable donde el mercado se debe ajustar constantemente, pero nunca se cuestiona la validez fundamental del sistema automatizado. Cada crisis se interpreta como una señal de que el mercado necesita más libertad y menor regulación, reforzando sutilmente el dogma neoliberal. El proceso de corrección continua se convierte en un fin en sí mismo, las intervenciones se mediatizan a su vez para lograr una utopía de mercado automatizado que nunca logra materializarse.

Así, por ejemplo, el crecimiento del PIB o reducción del déficit se convierten en fines en sí mismos de las políticas económicas, pero una vez medianamente alcanzadas se reinterpretan como medios para nuevos objetivos como el aumento de la competitividad global o la atracción de inversión extranjera. Esta realidad refleja de manera fidedigna la observación de Hanna Arendt sobre la naturaleza efímera y transformadora de los fines en un mundo utilitario. Esta dinámica perpetua de brevedad de los fines despersonaliza las relaciones económicas porque los individuos se subordinan a los objetivos de crecimiento económico, que a su vez se redefinen constantemente para otros fines utilitarios, sustituyendo valores humanos por valores económicos. Por eso en el terreno de la economía, el producto interno bruto es asumido y privilegiado como medida del “bien común”, y la base contributiva de las personas al bien común es asimilable al precio de los bienes y servicios del mercado. Pero como bien dice Yunus, “El PIB no lo explica todo ni tampoco puede hacerlo(...) El PIB puede medir con precisión la conducta egoísta del Hombre Capitalista, pero no capta el éxito del Hombre Real” (Yunus, 2018, p.23).

2.2.1 Los mercados dejan marca

Esta tendencia a mercantilizar todo lo que la oferta y demanda desee, también representa paradigmas perjudiciales para la sociedad, porque “los mercados dejan su marca” (Sandel, 2019, p.17). Por eso “la idea de que los mercados no tocan o contaminan los bienes que en ellos se intercambian se torna cada vez menos plausible”(Sandel, 2019, p. 119). Las normas mercantiles pueden desplazar sutilmente normas morales, por no estar incluidas en el PIB o los parámetros tecnocráticos, y muchas de las cuestiones que más se valoran, como por ejemplo la amistad y la solidaridad, pasan a ser insignificantes o sin componente valorativo. Poner precio a todo deriva en la creencia que el egoísmo “racional” medido a través de métricas y datos son las únicas estadísticas cuantificables, reduciendo las personas a unidades económicas, incluso a una mercancía. Con esta mercantilización también se afianzan creencias que escapan de un estudio económico riguroso, porque los economistas tienden a falsear la realidad a través de la sacralización del mercado.

Al mismo tiempo que la tenoestructura política fomenta el individualismo sistemático, reconcilia narrativas de progreso y mérito con las experiencias individuales, alienando a las personas, haciéndolas aceptar su papel dentro del tecnosistema, pregonando las bondades que supuestamente desparrama la “libertad del mercado”. Lo cierto es que el

dinero es tomado en cuenta como sinónimo de felicidad y progreso, y se le ha abstraído a la persona el deseo de bienes concretos a cambio de una obsesión devota por conseguir dinero y acumularlo. Un ejemplo ilustrador lo explica Sandel (2019) cuando hace alusión sobre la monetización del regalo, cada año es más común la aparición de tarjetas de regalo como una forma intermedia de regalar dinero en vez de un regalo concreto. La realidad es que incluso estas mismas tarjetas de regalo generan submercados especulativos cuando la persona que recibe el regalo prefiere el dinero al mismo canje de la tarjeta. En vez de apreciar el regalo, que ya de por sí no tiene ningún valor específico, lo intercambia por menor precio a cambio de dinero, generándose negocios secundarios que desplaza la lógica del regalo como apreciación, valoración o conocimiento del otro a un mero intercambio mercantil. Esta lógica mercantilista y deshumanizante de las cosas lleva ineludiblemente a la concentración de riquezas en manos de una élite económica que no siente culpa de las crisis que provoca cuando especula y juega con el dinero de la mayoría de las personas que enfrentan precariedad y exclusión. Como menciona Stiglitz (2012): “Algo malo le ha sucedido a la brújula moral de muchísima gente que trabaja en el sector financiero y en otros ámbitos. Que las normas de una sociedad cambien de forma que tanta gente llegue a perder el norte moral dice algo significativo acerca de esa sociedad” (p. 33). El mercado en su automatismo dogmático se ajusta a corregir sus propios fallos, pero estas correcciones solo benefician a quienes ya están en posiciones privilegiadas, los primeros en ser rescatados son los bancos, y los ejecutivos que apostaron y jugaron bajo normas permisivas no son castigados ni sienten culpabilidad, aún a sabiendas que han dejado a los más vulnerables en una situación aún más desfavorable.

Para enfrentar las crisis, no hay sentido de solidaridad ni de bienestar social, al contrario, las políticas de austeridad y desregulación en tiempos de crisis resultan en la mayoría de las veces en recortes a servicios sociales. Lo anterior fragmenta la solidaridad y debilita la acción colectiva para enfrentar las desigualdades inherentes al sistema, incentivando a las personas a centrarse en sus propios intereses financieros y personales, institucionalizando la injusticia social y vaciando de contenido el bien común. Se olvida que existen cosas que el dinero no puede comprar, y hasta la propia la virtud se concibe de forma económica. Los valores humanos y políticos son cuantificados y mercantilizados, a tal punto que ciertos autores sostienen que debe diseñarse un sistema para literalmente *ser egoísta*, como la teoría del egoísmo racional presentada en «La virtud del egoísmo» de Ayn Rand

(2021). En el mejor de los casos, se reservan estos valores (que como mercancía se puede agotar) para las familias o amigos, las únicas comunidades donde podemos permitir “gastar” gestos humanistas, y sacrificar nuestro egoísmo. Sin embargo, como menciona Michael Sandel “El altruismo, la generosidad, la solidaridad y el civismo no son como mercancías que disminuyen con el uso. Son como músculos que se desarrollan y fortalecen con el ejercicio. Uno de los defectos de una sociedad dirigida por el mercado es que hace que estas virtudes languidezcan” (Sandel, 2019, p.133).

2.2.1 Desigualdad estructural y bancocracia

Las políticas económicas esconden una cruel y tirana «vida en la mentira», que a pesar de los datos de por sí contundentes(y espeluznantes) son desechados si desenmascaran la imposición despótica del mercado. Al final el tecnosistema político crea sus propias métricas con el fin de defender a ultranza la ideología neoliberal. Además del PIB como única medida y que es utilizada para valorar incluso una gestión gubernamental, pese a que oculta las desigualdades extremas, se resta importancia a la existencia de otros problemas sin someterlos a un análisis económico riguroso. Un ejemplo es el que presenta Jesús Ballesteros (2018) cuando evidencia la compleja situación que representa actualmente la impagabilidad de las deudas, problema que escapa o es tratado de forma ritualista por los economistas como un flujo económico normal. La realidad es que el volumen de la deuda es “tres veces el PIB mundial y es a su vez la causa principal de la pobreza de $\frac{3}{4}$ partes de la población” (Ballesteros, 2018, p. 5). El capitalismo ha permitido crear dinero de la nada, de una realidad ficticia producto del canje bancario, se adquiere deuda para pagar otras, en un ciclo interminable que a través de complejos instrumentos financieros permite la especulación y la aparición del bancocracia, como una forma de gobierno donde las instituciones financieras tienen un control predominante en las decisiones políticas y económicas, a tal punto de restar valor a la representación democrática y el bien común.

Otro problema económico, que no es considerado como tal, es a manera en que se ha permitido que los bancos puedan crear dinero, abriendo paso a la usura y al ocultamiento de capital físico, y paulatinamente a la aparición de la bancocracia. El mercado, por encima de la soberanía estatal, se ha apropiado de la producción del dinero, que incluso pierde su valor de moneda para pasar a ser una transacción contable del crédito/deuda. El banco recibe un sinúmero de depósitos en calidad de crédito, mientras que el ciudadano que deposita sus

ahorros no es consciente que su dinero está siendo apostado en un mercado especulativo, contentándose con un instrumento fiduciario que le asegura liquidez momentánea. En este contexto, como menciona Eiranova (2019): “En la actividad bancaria especulativa la disparidad entre reservas y la capacidad de recuperar el dinero arriesgado de los depositantes es muy incierta” (p. 162) y culmina mencionando que ésta economía bancaria “funciona como una «economía piramidal»”(Eiranova, 2019, p.162). Los bancos buscan los mecanismos necesarios para generar más créditos y generar la dependencia que pueda mantener este esquema el mayor tiempo posible, hasta que el ciclo regular se encargue de estallarlo, tal como ocurrió en 2008. Lo más sorprendente de esta ficción, es que en las crisis económicas, los bancos que ocasionaron los problemas a menudo son rescatados mediante inyecciones de capital público, ya que se consideran "demasiado grandes para quebrar". Los gobiernos intervienen con fondos de los contribuyentes para evitar el colapso del sistema financiero, alegando la necesidad de mantener la estabilidad económica. Este proceso, conocido como "bailout", garantiza que los bancos puedan continuar operando sin enfrentar las consecuencias completas de sus acciones imprudentes. A menudo, los ejecutivos de estos bancos no son penalizados y continúan recibiendo grandes bonificaciones, lo que perpetúa un ciclo de irresponsabilidad y falta de rendición de cuentas. Así, mientras los bancos se recuperan y se benefician de las ayudas, la carga recae sobre la población general, que sufre los efectos de la austeridad y el desempleo.

Para sostener la economía piramidal antes de la crisis y aumentar sus beneficios “la banca trata de convertir al ciudadano en simple consumidor dependiente a todos los efectos de sus operaciones” (Ballesteros, 2013). La bancocracia en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal perpetúa los ciclos de endeudamiento y dependencia, vinculando el bienestar individual con la adquisición de algún servicio bancario: un préstamo personal, una tarjeta de crédito o hipotecas, entre un sinnúmero de instrumentos financieros abarcando incluso seguros de vida. Este método sutil de alienación, es producto de cómo las dinámicas del mercado terminan siendo un eje estructural del tecnosistema político que alimenta un panorama donde las élites económicas que se benefician de las políticas bancarias(y que también son fuerzas especulativas con su participación en el mercado de títulos y valores) manipulan el crédito y la deuda bajo la lógica capitalista de acumulación de riqueza, pero que camufla la desigualdad y la desafección cívica.

El mercado como eje del tecnosistema de la esfera pública también ayuda a sostener la desigualdad extrema que vivimos en la actualidad. Como sostiene Stiglitz (2012) “Los mercados, por sí solos, incluso cuando son eficientes y estables, a menudo dan lugar a altos niveles de desigualdad, unos resultados que generalmente se consideran injustos” (p. 28). El tan aclamado crecimiento económico no puede truncarse con problemas desestabilizadores, siempre tiene que existir un perdedor económico y un ganador que mantenga sus privilegios. Se da por sentado que “el poder sobre los resultados de las acciones es ejercido de forma impersonal por los mercados, y a menudo de forma involuntaria por aquellos que compran, venden y negocian en los mercados” (Strange, 2001, p.33), pero lo real de ese mundo de apariencia es que existe personas pasando hambre, en niveles de pobreza extrema, precarización sutil.

De esta forma, se despersonalizan las relaciones económicas, y se preservan las desigualdades estructurales, cada vez más abismales. Este tipo de concepción tecnocrática, donde ganan los financistas sin escrúpulos, mantiene una visión reductiva y economicida sin ningún toque de humanismo, olvidando que existen muchas personas preocupadas por algo más que la acumulación de riquezas, algunas verdaderamente interesadas en el desarrollo económico y comunitario. Este mercado avasallador cree ciegamente en un sistema tecnocrático que es manejado por expertos, impersonalizando la economía al creer que el mercado es una mano invisible que reparte prosperidad, sin mayor necesidad de regulación. Pero los índices de desigualdad regionales, y los índices de pobreza multidimensional solo evidencian precisamente que frente a estos problemas la mano del mercado es efectivamente lo que tanto encomian, invisible. Por ello los economistas Acemoglu y Robinson (2012) al abordar los orígenes de la pobreza y la desigualdad de los países han mencionado que “La mayoría de los economistas y los encargados de formular políticas se han centrado en «hacerlo bien», mientras que lo que se necesita realmente es una explicación de por qué los países pobres «lo hicieron mal»”(Acemoglu & Robinson, 2012, p. 88). De lo anterior llegan a una conclusión particular: la prosperidad y la pobreza están determinadas a los incentivos creados por las instituciones, y cómo la política determina qué instituciones maneja cada país. Por consiguiente, los desequilibrios económicos del mercado (que no se limitan a la extrema pobreza) son consecuencias de instituciones políticas extractivas, incapaces de controlar e imponer la ley con la finalidad de crear igualdad de condiciones, permitiendo que ciertas élites

controlen el poder político para satisfacer cuotas politiqueras, imponiendo instituciones económicas extractivas con menos fuerzas y limitaciones. Particularmente, para el círculo de poder, el crecimiento económico es un proceso desestabilizador ya que avanza cuando no es bloqueado por perdedores económicos que pueden perder sus privilegios económicos, o perdedores políticos, que temen se erosione su poder político (Acemoglu & Robinson, 2012, p. 109). Las instituciones políticas extractivas convierten los bienes públicos en un botín para traspasar recursos a grupos que deben contentar, para seguir nutriendo el tecnosistema. Los más golpeados con estas políticas son los sectores excluidos precisamente de estas componendas corruptas: sector agrícola, Educación, salud, cultura, emprendimiento, medio ambiente, etc... y que han generado y ensanchado la desigualdad.

2.2.2 Impacto en los regímenes democráticos

El mercado ejerce también cierto tipo de coacción sobre la ciudadanía al considerar como primordial el dinero, incluso sobre su propia dignidad, coacción que hunde sus raíces en el capitalismo tardío que considera que todo ser humano tiene un precio. Este proceso ha sido acelerado por el ritmo vertiginoso de la tecnología, que facilita las transacciones comerciales, permite un mejor nivel de ocultamiento a través de sofisticadas herramientas financieras para eludir responsabilidades sociales y acumular de forma egoísta más capital. Este dinamismo es un factor continuo que ha trastocado las relaciones de poder y ha contribuido al cambio en el panorama económico y político: “la tecnología ha hecho la vida más larga y cómoda” (Strange, 2001, p.28). Esta ideología neoliberal impositiva tiende a ignorar la necesidad de que existan límites morales al mercado (Sandel, 2019), y de incluir esfuerzos cooperativos que incluyan a varios actores sociales y políticos, tal perspectiva puede perpetuar problemas económicos como la desigualdad, el endeudamiento desmedido, la precarización, la degradación ambiental, y por supuesto el problema político de la recesión democrática. Como sostiene Hinkelammert (1990): “En la ideología del mercado el llamado por más mercado se transforma en la promesa vacía de la solución a los problemas de pobreza, desempleo y la destrucción del medio ambiente. A los problemas concretos que aparecen se da una sola respuesta que se repite monótonamente: más mercado” (p. 189). En palabras de Yunus: “Por eso tenemos que abandonar nuestra fe incondicional en el poder de los mercados centrados en el beneficio personal para solucionar cualquier desajuste, y admitir que los problemas de desigualdad no se van a resolver mediante el funcionamiento natural de la

economía, tal como está estructurada en la actualidad” (Yunus, 2018, p. 18). Este enfoque de solucionar los problemas del mercado, con “más mercado” es propio de la «autocinesis» del sistema, que es una bomba de tiempo que siempre está a punto de implosionar. El malestar de que el resquebrajamiento de la economía, junto con las instituciones políticas que la sostienen, está a punto de ocurrir es la verdadera espada de Damocles de las personas que han quedado rezagadas y excluidas.

En cuanto al mercado en este panorama, es necesario recalcar que debemos entenderlo como un sistema idolátrico del dinero desde el punto de vista del neoliberalismo característico del capitalismo tardío. No se concentra en la comprensión de las teorías económicas modernas, sino en la creencia ingenua de que el mercado es perfecto, y la información derivada de la misma también lo es. Como explicamos en el capítulo 1, se ha pasado de una economía de mercado a una sociedad de mercado (Sandel, 2019) y dicha sociedad “supone la hegemonía del capital como factor de producción y como valor social y económico”(Ballesteros, 2013, p.62). Cabe diferenciar que mientras en la economía del mercado se busca la creación de riqueza real, centralizado en la empresa, en el capitalismo “el centro son los mercados financieros y el proyecto es el aumento de los beneficios del accionista” (Ballesteros, 2018). En este sentido, la acumulación de riqueza es el medio y el fin, el objetivo principal y último de la actividad económica. El dinero no es un instrumento sino el sentido al cual se encaminan los intereses (muchas veces egoístas y perversos) de los accionistas de este enclave financiero. Como es obvio, estas relaciones de mercado terminan por ser impersonalizadas desplazando otras consideraciones éticas, sociales y políticas, considerando que la acumulación desmedida de riqueza (en pocas e inadecuadas manos) es el ideal de progreso o de éxito. De esta manera la búsqueda incesante de beneficios financieros, incluso a menudo a expensas del bien común, propicia que se creen las condiciones para que se estructuren y mantengan instituciones económicas y políticas que generan desigualdad.

Los efectos de este enfoque también erosionan la confianza pública en las instituciones democráticas, sobretodo cuando las promesas del mercado fallan seguidamente. La fe en el gobierno y las soluciones democráticas se reduce. El mercado como tecnosistema es totalmente consonante con la crisis política, donde la oferta electoral se transforma en una oferta de mercado, y quiénes aspiran a un cargo público acceden a él mediante el beneplácito de las élites económicas. Como es obvio esta impersonalización conlleva a ver la masa

electoral como un instrumento de acceso al poder al cual se acude solamente cada ciclo electoral, y ha conducido a resultados de desafección y polarización. Por eso,

En este contexto de capitalismo sin rendición de cuentas, a nadie debería sorprender que tanta gente recele de la creciente concentración de riqueza o crea que el sistema está arreglado. La difundida sensación de que la democracia ha generado resultados injustos debilitó la confianza en ella, y llevó a algunos a concluir que sistemas alternativos podrían ser más eficaces. (Stiglitz, 2023)

Forma parte de la función del mercado como eje del tecnosistema político, declararse a sí misma como solución única a todos los problemas actuales, lo cual no es solo insuficiente, sino potencialmente perjudicial. La insistencia en “más mercado” puede resultar en un menor compromiso cívico, y reflejar el agotamiento de la participación democrática. Con esta realidad hegemónica del mercado, que es una falta de consideración importante ante la complejidad de desafíos que enfrenta nuestra situación actual, se llega al secuestro de las instituciones regulatorias por las grandes corporaciones o multinacionales, a tal punto que los intereses privados tienen una influencia notable sobre las políticas públicas. La concentración del poder en grandes actores económicos, y la desigualdad rampante que mantiene la tecnoestructura, conlleva a la limitación de la libertad de expresión. Se uniforma y maquilla la realidad económica restringiendo el debate público, reduciendo la capacidad crítica del ciudadano frente a los problemas desestabilizadores que enfrenta, normalizando éste estado de incertidumbre y precarización, o incluso cargando al ciudadano con la autoculpa de no ser capaz de generar riqueza, generando una política económica humillante y excluyente, debilitando aún más la democracia.

2.3 Los medios de comunicación como eje del tecnosistema político

Los medios de comunicación también son parte del fracaso del tecnosistema que ahoga todo punto de vista humano, y apunta a impersonalizar los acontecimientos, sirviendo como mecanismo de alienación que se han vuelto adictivos la fama, la influencia, el dinero o poder. En el contexto neoliberal “Todo cambio fundamental de medios de comunicación crea un nuevo régimen. El medio es el dominio”(Han, 2022, p. 23). Esta visión de la infocracia, en la era de la sobreinformación, hace de los medios de comunicación un actor importante en la configuración de las percepciones, que no solo satura y confunde, sino que es capaz de

trivializar cuestiones complejas donde el discernimiento cívico se ve seriamente comprometido. Esto se ve agravado con el auge de la big data y la inteligencia artificial. Al tecnosistema político neoliberal “no le interesan sujetos críticos y con voluntad fuerte resistentes a los reclamos publicitarios. Le convienen mucho más los hombres superficiales atentos a sus intereses inmediatos, con escasa capacidad de esfuerzo y voluntad débil” (Burgos, 2018, p. 340). En este apartado se abordará como el exceso de información y el control de narrativas, permite que el ciudadano constantemente oscile entre la trivialización de la realidad, y la radicalización de sus posturas políticas, mucho más violenta bajo la careta digital de las redes sociales.

Por otra parte, es necesario también hacer alusión al papel de los medios de comunicación como ejes del tecnosistema político en la fakecracia. En esta realidad las noticias falsas trascienden su condición de ser simples mentiras, representando una indiferencia hacia la verdad que se multiplica en la desinformación masiva propagada a través de las redes sociales. Esta práctica no solo constituye una herramienta fundamental del gobierno para la manipulación informativa, sino que se erige en una forma de gobernanza. En este capítulo intentaremos explorar cómo la fakecracia opera en el marco del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, explorando sus mecanismos e impactos sobre la sociedad y la democracia, y la manera en que los medios de comunicación se han convertido en un eje estructural crucial de este sistema. Podemos anticipar que en este entorno se transforma la esfera pública en un campo de narrativas donde “se explota todo aquello que pertenece a prácticas y formas de libertad, como la emoción, el juego y la comunicación”(Han, 2021, p. 7). El peligro radica precisamente en que “Los medios de comunicación suscitan una familiaridad y proximidad con las cosas y las personas, pero no permiten ver la otra cara de la realidad: su manufactura, su carácter de mediación construida, su superficialidad” (Innerarity, 2004, p. 53). Este carácter de desintermediación socava los fundamentos de la democracia deliberativa, y la verdad pasa a ser un recurso maleable, donde la realidad y la ficción oscila en fronteras inapreciables que prolonga el estado de confusión y desconfianza que beneficia a quienes dominan los medios de comunicación para el control de la percepción pública.

2.3.1 El exceso de información y el control de narrativas: entre la trivialización de la realidad y la radicalización política

En las actuales sociedades vivimos bajo un exceso de información insondable que los medios de comunicación han sabido capitalizar para manipular y ejercer narrativas de control que moldean la percepción pública. La sobreabundancia informativa, en lugar de empoderar a la ciudadanía, la satura y confunde, haciéndola incapaz de discernir entre hechos veraces y falsedades. “El tsunami de información desata fuerzas destructivas. Entretanto, se ha apoderado de la esfera política y está provocando distorsiones y trastornos masivos en el proceso democrático. La democracia está degenerando en infocracia” (Han, 2022, p. 25). Los medios de comunicación bajo el paraguas del tecnosistema neoliberal se han consolidado como un eje estructural capaz de moldear la percepción pública, promoviendo narrativas de élites económicas y políticas. En este “mundo extraño del que estamos sobradamente informados” (Innerarity, 2016, p. 20), el bombardeo incensante de información, generalmente superficial, trivializa los problemas complejos reduciéndolos a fragmentos digeribles que mantienen a la audiencia en un estado de constante distracción, y a su vez la preparan para escenarios de radicalización discursiva.

Este exceso de información ha sido aprovechado por los medios de comunicación para controlar las narrativas dominantes, influyendo de manera significativa, aunque imperceptible por la saturación, en la percepción pública y la formación de la opinión, así como en la creación de estándares de autoexigencia, que inducen a la autoestructuración del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. En este exceso de información, donde los ciudadanos tienen más oportunidades que nunca de expresar sus insatisfacciones, “no cambia el sentimiento de impotencia y la impresión de ser un mero objeto administrativo” (Blüdhorn, 2020, p. 79). Esta realidad hace que los medios de comunicación construyan un mundo de apariencias, de continua distracción, donde se puede maquillar la realidad a conveniencia, o peor aún se sustituye la realidad por otra falsa y totalmente ventajosa para el sostenimiento de la ideología neoliberal. De esta forma se presenta una solución facilista para quienes desean mantenerse en el poder político y económico, o quieran acceder a él, invertir en los medios de comunicación ensalzando desmedidamente sus virtudes, y acabando a la competencia, aunque la información sea irreal. Ya lo mencionaba Zolo (2010) que “usando sistemáticamente el instrumento de la televisión, los líderes políticos se dirigen directamente a los ciudadanos

consumidores, ofreciéndoles sus «productos propagandísticos», según hábiles estrategias de marketing televisivo” (p. 37).

De allí el creciente interés en el campo de los estudios sobre medios de comunicación y política, que refleja la centralidad que adquieren los medios de comunicación en la difusión de la ideología neoliberal. En el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal las corporaciones y élites monopolizan los medios de comunicación, y ésta concentración del poder mediático permite presentar una cobertura sesgada que favorece las políticas tecnocráticas neoliberales, como a su vez minimiza aquellas voces disidentes y críticas al sistema. “En este nivel, es decir, en las condiciones de una democracia de masas, la opinión pública se reduce a un comportamiento comunal surgido de "sentimientos" irracionales. Por lo general, la difunden o determinan los dirigentes de partido y la prensa” (Weber, s.f, p. 65). Los medios de comunicación son así, un eje estructural fundamental del tecnosistema político, un brazo auxiliar que junto al Estado y el mercado permiten el carácter de «vida en la mentira» contemporáneo.

Precisamente, los medios de comunicación terminan difundiendo una narrativa dominante que promueve un comportamiento de autocoacción a través de la trivialización de la realidad. Los medios de comunicación no solo moldean la opinión pública sino también las percepciones de libertad y éxito individual. En este sentido, la libertad promovida se convierte en una forma de coacción interna, donde el discurso dominante es someter al individuo a una autoimpuesta presión para la eficiencia o rendimiento (Han, 2013). Bajo esta autopresión las personas sienten que deben cumplir con ciertos estándares para ser exitosas y libres, cuando en realidad genera un estado de constante autoexigencia y estrés. Los medios de comunicación transmiten el discurso y promueven la internalización de ciertas expectativas para que la persona crea que el éxito se trata de poder y ser más productivo, optimizar cada momento y recurso disponible, todo esto se ve reflejado en las noticias y reportajes, la publicidad y el entretenimiento, la falsedad con que se promueven ciertos valores en las redes sociales bajo la careta digital. De allí, que ante tal nivel de exigencia se creen identidades basadas en el rendimiento, las personas tienden a medirse según estándares que los medios de comunicación propagan, en una vida autocoactiva donde el individuo se siente constantemente evaluado y comparado con los demás.

Habermas ya analizaba este cambio estructural de los medios de comunicación en el ámbito liberal burgués y su influencia en la ciudadanía, la conversación entendida como un espacio de intercambio racional entre personas privadas ha sido completamente apropiada y reorganizada en un formato comercial y espectacular. En sus palabras “el raciocinio de las personas privadas se convierte en un número radiofónico o televisivo de *stars*, se convierte en asuntos de taquilla, cobra forma de mercancía” (Habermas, 1997, p. 193). Este tipo de discusión en lugar de promover consensos reales, se limita a proporcionar uno superficial y de etiqueta derivado del trato social. En la mediocracia “debido a su estructura anfiteatral, los receptores están condenados a la pasividad. Habermas responsabiliza a los medios de comunicación de masas del declive de la esfera pública democrática” (Han, 2022, p. 27). La esfera pública de los medios de comunicación trivializa el discurso público, que bajo un escenario democrático se convierte en un ejercicio formal y superficial, cambiando la participación cívica por un espectáculo comercializado.

La tecnología digital ha irrumpido en este sentido, ampliando mucho más los efectos taquilleros, volviendo casi una monomanía por esconder la vida real en una de apariencia, por una «vida en la mentira». Concretamente con las redes sociales, que prácticamente han hecho desaparecer progresivamente los medios de comunicación tradicionales, han intensificado la creación de mundos de apariencia que alienan y deshumanizan a la ciudadanía, de por sí ya excluida por el Estado y el mercado. Las redes sociales se presentan con un toque permisivo que marea al ciudadano de gratificaciones personales a cambio de alienación, y que terminan reduciendo esos mismos gustos a cálculos algorítmicos, que escapan de nuestra comprensión pero nos condicionan, y que finalmente anulan cualquier rastro de humanismo en nuestros actos. Es lo que Daniel Innerarity (2016) denomina como el usuario sumiso: “todos vivimos en la esclavitud voluntaria de los usuarios. Uno se somete a lo que no entiende para usarlo” (p. 21). En esa sumisión se trivializa la vida, el *like* se vuelve una obsesión, los influencers se convierten en salvadores, las publicaciones superficiales se vuelven escapes de la realidad bajo apariencia de autorealización. Desde el punto de vista social, el escenario propicia que se normalicen las noticias de actos de corrupción, y se utilicen las redes como evasión de la realidad política y social sustituidas por sucedáneos de la realidad. Frente a esta permisividad, al estar todo al alcance de un clic, se hace innecesario cualquier tipo de inquietud social o preocupación por el destino político de una sociedad.

Por otra parte “El big data y la inteligencia artificial ponen al régimen de la información en condiciones de influir en nuestro comportamiento por debajo del umbral de conciencia”(Han, 2022, p. 23). La inteligencia artificial en este tecnosistema política juega cada vez más un papel determinante por su capacidad de procesar grandes cantidades de datos y tomar decisiones automatizadas, “optimizando” sistemas complejos que la convierten en una herramienta poderosísima. Sin entrar en detalle sobre esto último, es necesario exponer que la inteligencia artificial sin control puede llegar a intensificar las desigualdades económicas contribuyendo a la precarización laboral, o la creación de puestos de trabajo cada vez más inestables que pueden exacerbar la sensación de inseguridad económica, facilitando el dominio de la opinión pública a través de algoritmos sofisticados que creen y difundan fakenews, y el control social a través del miedo y la dependencia económica. La inteligencia artificial cuenta con herramientas digitales que sutilmente ejercen una vigilancia masiva a través del reconocimiento facial, la aceptación de cookies que realizamos al toque de un clic, el análisis de redes y monitoreo de comunicaciones que pueden rastrear, analizar y condicionar el comportamiento individual a escalas sin precedentes. Esta capacidad puede ser monopolizada para reforzar el control y manipulación de las narrativas públicas, desincentivar la disidencia y mantener la conformidad social

Los medios de comunicación de esta manera afectan la democracia, porque se fragmenta la búsqueda del bien común, se sistematiza el individualismo curiosamente promovido por el despliegue de libertades(como la libertad de expresión) y se forman comunidades radicalizadas por la era digital, donde cada quién aboga por lo que considera su “propio bien”. Con la hiperindividualización producto de la trivialización de la vida real, no hay un nosotros, nos aislamos incapaces de emprender acciones en común. Así, la lucha organizada en la búsqueda de un proyecto en común no excluyente, pierde efectividad, se disipa y se desarticula a corto plazo. La movilización en la era del exceso de información y control de narrativas, solo es posible si es rellena con el significativo vacío del líder populista, abriendo espacios peligrosos al absolutismo que promueven la confusión, y donde la violencia(en su peor de sus formas) se convierte en la única tabla de salvación. La verdad se convierte en una razón de medios y resultados. En este corolario de ideas es llamativo el estudio realizado por Gabriel Orsi (2024) sobre el tipo de relaciones de “comunidades” políticas que genera la interacción a través de redes sociales, y sus efectos sobre las dinámicas

de cohesión social y política. El estudio está basado sobre una situación coyuntural (el magnicidio de Kichner) analizando los procesos de construcción de comunidades políticas en el uso de la red social Twitter, para describir las formas radicalizadas y violentas que promueve. Se trata de un juego a cero, donde solo interesa que un grupo se superponga frente a otro, uno gane y otro pierda.

Esta descripción no dista de las dinámicas de mercado que promueve el neoliberalismo, y con la visión habermasiana que anticipaba: “la discusión inserta en el «negocio», se hace formal; proposición y contraposición están obligadas al respeto de ciertas reglas de juego [...] los conflictos antes llevados al escenario de la polémica pública, son ahora rebajados y degradados al nivel de roce personal” (Habermas, 1997, p. 193). En este juego se utilizan la planificación estratégica y tácticas que cohesionan comunidades digitales, y que irrumpen con agresivas formas de comunicación desplazando cualquier lógica argumentativa, sin ningún base para el debate. Existe una enfermiza tentación de ser el primero en enmarcar el hecho (aunque sea ficticio o creado), en la medida en que lograrlo permite ganar de antemano el “debate”, es más, inevitablemente se termina por asociar la discrepancia política únicamente con la negativa a confrontar o a aceptar los fundamentos científicos de la realidad, en otras palabras se debe estar de acuerdo con los hechos (creados o no) como punto de partida para entonces “debatir”, lo cual a su vez implica una malinterpretación de la conexión entre los hechos y la influencia de la persuasión política en la opinión pública. La opinión pública no es producto del disenso o consenso de ideas, sino de una pelea a muerte por imponerse radical y casi irracionalmente. Inclusive los medios tradicionales de comunicación han invertido sus fuentes, extrayéndolas (a veces sin filtro) de las dinámicas digitales de redes sociales. Se termina entonces por rebajar el debate a influir en los hechos, y en la imposición del punto de vista particular que es aplaudido y seguido por una comunidad que se adhiere fácilmente a breves caracteres. En este caso, el tweet se convierte en un mecanismo para transmitir sentimiento o emociones (o pura bilis) y no pensamiento o reflexión. Esta forma de involucrarse en comunidad, permite identificar ciertos roles, que el estudio de Orsi (2024) pone de manifiesto, siendo actores claves los promotores quienes instalan a través de un hashtag una intuición y comprensión del grupo, los difusores quienes sin haber creado el hashtag son replicadores, y los activistas que mencionan con asiduidad los hashtags. En todo caso, los seguidores, que son la masa que canalizan reacciones de los mensajes de los actores

clave, cohesionan y crean una conciencia de pertenencia a una comunidad virtual, reaccionaria y radical, y consecuentemente el distanciamiento con el grupo disidente.

La trivialización de la vida política, y la formación de comunidades radicales en el mundo digital promovida por los medios de comunicación contribuye a la desafección cívica. Al presentar las noticias y los eventos de manera sensacionalista y superficial, los medios desincentivan la participación ciudadana y fomentan una cultura de la distracción, que le aleja de las verdaderas problemáticas. Este enfoque facilita el control del tecnosistema político, ya que una ciudadanía ahogada entre tanta información y apática, es menos probable que desafíe el status quo. Además, la cultura de la distracción promovida por los medios de comunicación desvía la atención de los problemas fundamentales y crea un entorno en el que las cuestiones de fondo son reemplazadas por escándalos momentáneos y entretenimiento superficial. Esta dinámica no solo debilita la democracia, sino que también perpetúa la deshumanización y alienación de la ciudadanía, alejándola de una participación activa y consciente en la vida política y social.

2.3.2 Fakecracia

También en la actualidad, los medios de comunicación desempeñan un papel fundamental en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, sobretodo cuando la replicación de noticias a través de los medios digitales o medios tradicionales se logra a través de la «vida en la mentira» que promueve la ideología neoliberal, en un intento cada vez más desesperado de adecuar(o falsear) la realidad a la noticia, invirtiendo el orden natural del proceso de la verdad periodística o informativa. En esta nueva era denominada como fakecracia, la falsedad se asienta como una forma de gobernar. Este término se refiere a una democracia en la que “la construcción de noticias falsas y la automatización maliciosa en redes sociales se han convertido en los principales recursos de comunicación política para sellar la era de la posverdad” (Ponce & Rincón, 2020, p. 13). Podemos considerar la fakecracia como un subproducto natural del exceso de la información mencionado anteriormente. Los medios de comunicación capitalizan esta sobreabundancia, manipulando y dominando el control sobre la opinión pública a través del caos y la confusión de una información desorganizada. El escenario se vuelve todavía más engorroso, con la sobreinformación de las redes sociales, con la desintermediación de la información y el acceso de cualquier persona al mundo digital para generar contenido sin filtro. Por eso, tal como sostiene Innerarity, más preocupante que la

posverdad es “la propia incapacidad de los sujetos para hacerse cargo de la complejidad informativa del mundo [...]carecemos de instrumentos que organicen los datos, ponderen los juicios y ofrezcan una visión coherente de la realidad” (Innerarity, 2017). Por ello la fakecracia prospera en un ambiente donde la información es abundante y carece de filtros de veracidad, impidiendo que los ciudadanos puedan discernir entre hechos reales y falsedades. Byung-Chul Han (2013) lo describe de esta manera:

Más información o una acumulación de información por sí sola no es ninguna verdad [...] La hiperinformación y la hipercomunicación dan testimonio de la falta de verdad, e incluso de la falta de ser. Más información, más comunicación, no elimina la fundamental imprecisión del todo. Más bien la agrava. (p. 23)

En este marco, podemos coincidir en que las fake news no representa opiniones genuinas, sino un deseo de encajar en una comunidad política temporal producto del sentimiento del momento, como describe Gabriel Orsi (2024) en su estudio anteriormente mencionado, por ello no importa si la noticia es auténtica, ni si el sujeto que replica deba sostenerla racionalmente como verdadera. Byung-Chul Han también aborda esta problemática cuando considera que no se trata simplemente de hacer pasar una mentira por verdad, sino de borrar la distinción entre ellas, “Las noticias falsas no son mentiras. Atacan a la propia facticidad. Desfactifican la realidad”(Han, 2022, p. 74). Esta perspectiva destaca la naturaleza desestabilizadora de los fake news que erosionan la base misma de lo que consideramos real y verificable, y que encaja perfectamente con el concepto de «vida en la mentira» característico del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal.

Precisamente, Daniel Innerarity (2021) sostiene que las fake news no son peligrosas por su inexactitud o falsedad, ya que puede existir información que es transmitida con la mejor intención pero resultan incorrectas, lo realmente perturbador, es que quienes las difunden son conscientes de su falsedad, y las “comunica desde una indiferencia hacia la verdad” (Innerarity, 2021). Esta idea se conecta con la perspectiva de Byung-Chul Han, en cuanto desdibujan la distinción entre verdad y mentira. Por tal razón, “las *fake news* no expresan ninguna opinión o noticia que su propagador tenga y por eso no están protegidas por la libertad de expresión propia de las democracias” (Innerarity, 2021). Es importante subrayar que la falta de compromiso con la verdad en la difusión de noticias falsas, debe diferenciarse

de opiniones genuinas, que aunque pueden estar equivocadas, están basadas en creencias reales de sus autores. La democracia permite los errores y puede enfrentar la información falsa, en esto consiste el proceso de deliberación colectiva. Innerarity y Han por ello coinciden en que las fake news representan una amenaza para la integridad del discurso público, ya que no solo confunden y distorsionan los límites que separan la verdad de la mentira, sino que en esa desfacticidad socava los fundamentos de la deliberación democrática y la libertad de expresión responsable.

Podemos decir, entonces, que en la fakecracia existe un fortalecimiento de los medios de comunicación como eje del tecnosistema político, facilitado por razones clave como la generación de sensacionalismo, la desintermediación de información, el control de narrativas, la naturalización de la postverdad y la rápida atracción del público a través de los altos niveles de tráfico de los medios digitales. Precisamente lo que realmente alarma de las fakenews es “entender el efecto exponencial y la estela de dudas y abismales confusiones que están creando en su producción, distribución, y propagación desde las redes sociodigitales, pasando por los dispositivos tecnológicos individualizados hasta los grandes medios de masa” (Ponce & Rincón, 2020, p. 23). A través del sensacionalismo se generan altos niveles de tráfico que permite la desarticulación de los intereses colectivos a través de la técnica. En la fakecracia, los medios de comunicación actúan como sabotadores invisibles de la democracia, cumpliendo una función que va más allá de informar. En realidad, moldean la percepción pública, determinan las narrativas dominantes y, en última instancia, erosionan los fundamentos democráticos de responsabilidad y la participación ciudadana. Los medios de comunicación se consolidan como un eje estructural del tecnosistema político de la fakecracia que socava los fundamentos de la democracia deliberativa y transforma la esfera pública en un campo de batalla donde la verdad objetiva es sustituida por narrativas que son emocionales o manipulativas. Bajo la presión de los fake news se crean burbujas informativas donde los individuos solo reciben información que refuerza la creencia preexistente de la ideología neoliberal, dificultando la información de una voluntad política común. Y coincidiendo con Innerarity (2020):

No hay buena vida pública ni se toman las mejores decisiones cuando se decide sin buena información o con un debate presidido por la falta de respeto hacia la realidad. Tampoco hay una alta intensidad democrática

cuando la ciudadanía tiene una actitud que es más propia del consumidor pasivo, como un público de voyeurs al que se arenga y satisface en sus deseos más inmediatos, sin remitir a ningún horizonte de responsabilidad.
(p. 35)

CAPÍTULO 3: La crisis democrática en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal

Bajo el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal los ejes estructurales de la esfera pública refuerzan la dinámica de la autocinesis del sistema, que tiene graves incidencias sobre la democracia. Como menciona Innerarity (2004): “Por la propia naturaleza de las sociedades, debido a la configuración de los mercados o las posibilidades tecnológicas, el poder, la responsabilidad y la visibilidad se distribuyen de una manera difusa” (p. 68). En las actuales democracias insertas en sociedades complejas, bajo la guía de la ideología neoliberal y tecnocrática las estructuras democráticas entran en crisis. Esta crisis es oculta, como hemos visto en los anteriores capítulos, al incentivar el repliegue sin límites de las libertades, que terminan finalmente siendo una forma de autoacción, o engaño para vivir en un sistema ficticio que el propio ciudadano alimenta. Por ello, cuanto más espacio se “deja a las intenciones reales de la vida, tanto más se oculta al individuo la situación de crisis y tanto más profundamente se hunde en ella” (Havel, 2013, p. 121). En este capítulo se abordará cómo la democracia en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal se convierte en una simulación, una «vida en la mentira» en cuanto sigue conservando las instituciones democráticas formales, pero sin ningún tipo de incidencia real de participación ciudadana. En esta simulación se reconfigura el papel del ciudadano, de los partidos políticos e incluso los movimientos sociales. Ante este vacío que crea la democracia simulada, estamos frente a una crisis de representatividad que conlleva a la aparición de sendas alternativas peligrosas para los regímenes democráticos: el populismo y el autoritarismo, que apelan a los sentimientos para legitimar políticas neoliberales que desvían de los problemas reales, limitando la capacidad crítica del electorado. Lo peligroso de estas alternativas es el grado de violencia que el propio tecnosistema vuelca sobre el individuo en las narrativas que incentivan el odio. Esta situación conduce a la banalización de la democracia, ante su ineficacia y violencia, abogando por posturas elitistas o abiertamente a favor de que el mercado sea quién domine las decisiones técnico-políticas. La democracia se banaliza al ser reducida a un ejercicio técnico, carente de significado y propósito genuino, perpetuando un ciclo de desafección y simulación.

3.1 Democracia simulativa

Como se analizó en el capítulo anterior, los ejes del tecnosistema político han contribuido paulatinamente al mantenimiento de la ideología neoliberal, fomentando engaños y apariencias. La democracia en este marco se convierte en una simulación en cuanto los procesos democráticos permanecen, pero carecen de sustancia y efectividad. De hecho, puede existir cierto grado de pluralidad de partidos, elecciones libres y regulares, pero esto no resulta en un cambio significativo hacia mayor compromiso democrático, debido a la manipulación mediática, la influencia de intereses económicos y la falta de opciones políticas genuinas. Por eso es crucial entender cómo el concepto de democracia simulativa se manifiesta en la ciudadanía actual. En lugar de ser una fuerza activa para el cambio social y el bien común, la participación ciudadana a menudo se limita a un ritual quinquenal para depositar votos, sin conexión real con el poder de transformar la sociedad. Este enfoque superficial de la democracia no proporciona orientación sobre el papel que cada individuo debería jugar en la promoción del bien común. Como resultado, “la respuesta de una ciudadanía desencantada, escéptica y cómoda será la apatía cívica” (Irizar, 2020, p. 61). El Posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, en efecto, se caracteriza por crear un sistema donde no impera el terror, promoviendo una sociedad del consumo y del mercado que retroalimenta el sistema como hemos visto, desencadenando una dinámica apolítica particular, caracterizada por “la huida hacia la impotencia, el deseo desesperado de no tener que actuar” (Arendt, 2016, p. 136). Esta alienación fomenta un repliegue hacia la vida privada, permitiendo que burócratas autorizados con “trayectoria política” tomen decisiones cruciales para la sociedad, lo que alimenta la corrupción y la ausencia del verdadero Estado, inclusive el visible. El gobierno de turno, alimenta, con soberbia, «la vida en la mentira», en su afán de autopromocionarse y proclamar sus logros. La voz disidente, que intenta revelar la verdad y abogar por un cambio genuino, es sistemáticamente silenciada y reprimida por un Estado que, en lugar de proteger, termina vulnerando los derechos humanos. Por tal razón la democracia simulativa implica una ciudadanía despolitizada, que se convierte en una mera espectadora de un teatro democrático, donde las élites tecnocráticas- neoliberales controlan las narrativas. Como menciona Han (2021) estamos frente a una *democracia de espectadores*.

La democracia simulativa, profundamente enraizada en la ideología neoliberal, ha generado la actual crisis de representatividad que se hace cada vez más evidente, y que encaja en el giro posdemocrático que habla Blüdhorn (2020) y Colin Crouch (2004), aunque con diferencias conceptuales que deben precisarse. Según Crouch (2004) en la posdemocracia existe un deslizamiento de la política que resta poder al ciudadano mientras se mantienen intactas las instituciones democráticas tradicionales, transmitiéndolas hacia las empresas como modelos institucionales (p. 64), y convirtiendo la democracia en una cáscara formal. Esta postura según Blüdhorn (2020) lleva a Crouch a entender la posdemocracia como una forma de lucha política (p. 93), donde aún es factible rescatar presupuestos democráticos clásicos y dar nueva vida a la práctica democrática tradicional, a contrario de su postura que sostiene que la posdemocracia surge como concepto fuerte si se relaciona al concepto de sujeto autónomo (p. 95). Coincidente con Blüdhorn, también Havel (1990b) considera el sistema posdemocrático en base al «autocontrol» y «autodisciplina» de los individuos, capaz de surgir en una nueva atmósfera y espíritu a partir de la vida (p. 131), una nueva cara de la democracia en el actual mundo posmoderno. Lo cierto es que bajo estas circunstancias, estamos frente a un giro posdemocrático producto de la democracia simulativa que no representa a nadie, o en el mejor de los casos se acomoda para favorecer intereses particulares. En esta realidad: “la brecha entre los ciudadanos y la política parece ampliarse y hacerse cada vez más insalvable” (Blüdhorn, 2020, p. 4). Este distanciamiento no es accidental, y se enlaza perfectamente con lo que hemos desarrollado acerca del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, que prioriza las dinámicas del mercado sobre las necesidades y derechos de los individuos.

Hinkelammert (1990) argumenta que la ideología neoliberal “se emancipa completamente de la realidad, con el resultado de poder reaccionar solamente de manera agresiva en contra de todo lo que haga presente el mundo de la satisfacción de necesidades frente al mercado” (p. 193). Esto significa que los intentos de ligar la política a las necesidades reales pueden ser vistos como amenazas reales al mercado, y llevar a respuestas agresivas y represivas propias de un escenario totalitario, aunque más sutil porque es ejercido por expertos tecnocráticos. Para estos tecnócratas “su principal preocupación no es si sus respectivas decisiones están en consonancia con la voluntad de los ciudadanos o cómo reacciona la soberanía democrática, sino sobre todo la pregunta: ¿cómo reaccionan los

mercados?” (Blühdorn, 2020, p. 4). En este escenario, continúa Blühdorn (2020) “Las decisiones deben tomarse bajo la presión de los mercados, las agencias de calificación, los especuladores y la amenaza del fracaso del Estado a un ritmo que no permite el uso de procedimientos democráticos” (p. 7). Por tal razón, la democracia no es más que una fachada, un simulacro donde las acciones y decisiones políticas están predeterminadas por una serie de normas y reglas diseñadas para mantener el status quo. Levinas (2009) contribuye a esta crítica al señalar que “bastaría mostrar el papel puramente operatorio y provisional del hombre en el desenvolvimiento y la manifestación de un conjunto de términos que forman un sistema” (p. 88). Esta perspectiva revela cómo, en un sistema neoliberal, la participación ciudadana se reduce a una función operativa, sin capacidad real de transformación. El hombre se convierte en un engranaje más dentro de una maquinaria que opera bajo principios ajenos a las verdaderas necesidades humanas. La democracia simulativa, entonces, no solo aliena a los ciudadanos, sino que también deshumaniza la política al convertirla en un mero ejercicio técnico, carente de significado y propósito genuino. Este fenómeno crea un ciclo vicioso: la desafección de los ciudadanos con la política alimenta la simulación democrática, mientras que la simulación perpetúa la desafección. En este sentido, la democracia simulativa y la ideología neoliberal se refuerzan mutuamente. La crisis de representatividad es, por lo tanto, tanto una consecuencia como una herramienta de la democracia simulativa, que garantiza que el poder real permanezca fuera del alcance de la ciudadanía.

En el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal es necesario también hablar sobre cómo se desarticulan los intereses del partido con sus miembros, y que dan cuenta de la crisis de partidos que surge en una democracia simulada. En un mundo tan complejo e inestable, los partidos políticos ya no representan intereses de los individuos, aunque esto “no impide que se reagrupen momentáneamente de acuerdo con líneas de división que varían según las circunstancias y en torno a un momento especial o que ejerzan un compromiso puntual y esporádico, a veces de una gran intensidad” (Innerarity, 2020, p. 350). La crítica actual a los partidos políticos gira precisamente en torno a que no representan a las personas, éstas no se reconocen en una línea partidaria, al contrario, los partidos vacían a los ciudadanos de su responsabilidad política y particular, los partidos pasan a ser simuladores de intereses políticos cuando en realidad esconden intereses particulares. Y esta desconexión del individuo con el partido se constata en todos los países para los que existen datos (Mair, 2013,

p. 52). De esta manera, lo que se ha conseguido con esta simulación, es que “las corporaciones globales, los carteles mediáticos y las burocracias poderosas están transformando los partidos políticos en organizaciones cuya principal tarea ya no es el servicio del interés público, sino la protección de clientes e intereses particulares” (Havel, 2004). Estas entidades ejercen una influencia desproporcionada en las decisiones políticas, distorsionando las prioridades y agendas de los partidos para alinearlas con sus propios objetivos comerciales y de poder. Los partidos se han convertido en una máquina burocrática con lógica de autoreferencialidad y han dejado de lado la representación de los intereses colectivos, incluso de sus propios copartidarios, centrándose en cambio en la perpetuación de sus propias estructuras de poder o de la cúpula que ha logrado su dominio, con una defensa a ultranza de intereses particulares omnipresentes.

También los movimientos sociales y los espacios ciudadanos que se han querido rescatar en el ambiente de la democracia simulada, no terminan por generar un consenso público estable, o un discurso democrático propositivo según las teorías deliberativas, al contrario, en el contexto tecnocrático neoliberal se ha llegado a considerar la deliberación como un “antídoto contra la democracia” (Urbinati, 2010), en cuanto termina manipulada o cooptada por intereses particulares, o en cuanto, según los estándares habituales de eficiencia, requiere demasiado tiempo y recursos (Blühdorn, 2020, p. 74). Esta realidad es mucho mayor, cuando existe un tecnosistema político que se presenta complejo e incomprensible, con la consecuente omnipresencia de intereses particulares producto de la reificación del Estado. Por eso, como considera Innerarity (2004), las nuevas formas de protestas que surgen en los movimientos sociales son “erupciones de autoafirmación” (p. 57) que al final solo expresan sentimientos de impotencia productos de la exclusión del tecnosistema. En este contexto, “el espacio sin poder en el que pudiera tener lugar un discurso sin poder no existe en las condiciones reales de la desigualdad estructural institucionalizada” (Blühdorn, 2020, p. 74). Al final, todas estas erupciones terminan por ser un paliativo que no termina de sanear la democracia, y que al contrario, acelera lógicas individualistas y la omnipresencia de intereses particulares. Bajo este panorama no se cambian, como menciona Blühdorn (2020) “los esquemas de irresponsabilidad estructural e irresponsabilidad organizada” (p. 77), o como mejor expresa Innerarity (2004), paradójicamente “se protesta irresponsablemente contra la irresponsabilidad” (p. 59). El malestar que origina los movimientos sociales esconde brotes

de autoafirmación que sostienen el tecnosistema, y que se intenta apaciguar a través de mecanismos sofisticados de diálogo que promueve el Estado que simulan consensos “democráticos” que no son representativos o que son intrascendentes, y que conjugan estallidos sociales latentes con políticas públicas paliativas, que no terminan por curar del todo los síntomas de una democracia simulada. De tal manera, se fragmentan los esfuerzos ciudadanos por hacerse escuchar, situación que aventaja a los actores políticos que se benefician de la falta de cohesión y continuidad de los movimientos.

3.2 Crisis de representatividad: entre populismo y autoritarismo

En la era del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal, se observa cómo las entidades ejercen una influencia desproporcionada en las decisiones políticas, distorsionando las prioridades y agendas de los partidos para alinearlas con intereses particulares. Los partidos se han convertido en maquinarias burocráticas con una lógica de autoreferencialidad, dejando de lado la representación de los intereses colectivos, y los movimientos sociales son esporádicos y fácilmente desarticulados, todo bajo una lógica simulativa que conserva la idea de que existe la democracia. En este contexto los reformadores tecnocráticos han intentando continuamente hacer ingeniería de sus instituciones para lograr un acercamiento entre los ciudadanos y la política. Sin embargo, estos esfuerzos parecen ser insuficientes, la crisis de representatividad no se ha resuelto, con el consiguiente déficit democrático de los sistemas políticos actuales.

En este marco de crisis de representatividad, existe una sensación de incertidumbre, desasosiego, y el resquebrajamiento de las democracias actuales que son síntomas “O hacia un autoritarismo de nuevo cuño marcado por la autorreferencia tecnocrática. O hacia la irresponsabilidad y anarquía características del populismo” (Sermeño Quezada, 2021, p. 9). Peter Mair (2013) también sostiene que en este vacío de representatividad solo quedan como escenarios alternativos el populista o el experto no político (p. 37). Sin entrar a debatir sobre las diferentes concepciones del populismo o autoritarismo, su aparición emerge con la desconfianza en las instituciones tradicionales y la incapacidad de la tecnoestructura neoliberal para representar y responder a las necesidades de la ciudadanía, priorizando en cambio el control y dominio hegemónico. Los líderes populistas explotan contextos de estallido social a través de promesas simplistas y soluciones técnicas o violentas, bajo un acervo ideológico que crea constructos de enemigos. El autoritarismo por otra parte, y

muchas veces junto con el populismo, también se inclina por ofrecer el poder a un salvador como exclusiva solución para mantener el orden y la estabilidad del malestar general que se percibe, aún a costa de las libertades civiles y de los derechos humanos.

El populismo en estas condiciones hace uso de la ideología que representa una atadura gozosa que recompensa emocionalmente (Arias Maldonado, 2016) y permite que el individuo se sienta continuamente insatisfecho y resentido, preparando el camino para el líder populista. Así también lo sostiene Pierre Rosavanllon (2020) al caracterizar el populismo como un régimen de pasiones y emociones, y Eva Illouz (2023) al señalar que las emociones “desempeñan un papel crucial a la hora de configurar e influir en los patrones de voto y otras opciones políticas de los ciudadanos” (p.19). El populismo también se enraíza en la autocinesis del sistema, justificando la represión, monopolizando la información y presentando soluciones neoliberales como las únicas viables en términos de eficiencia para evitar el colapso económico y social. El populismo socava la pluralidad de partidos, la rendición de cuentas y el equilibrio de poderes, relacionándose íntimamente con la democracia simulada, porque el populismo tal como sostiene Rosavanllon (2020) se presenta como una opción democrática, que se basa principalmente en otorgar preferencias a la democracia directa con una obsesión por el referendún; la visión polarizada e hiperelectorista de la soberanía popular, rechazando los cuerpos intermedios como a su vez domesticando las autoridades no electorales; y una aprehensión de la voluntad general capaz de expresarse de forma espontánea. Al transformar la representación política en una relación directa y excluyente entre el líder y el pueblo, el populismo socava la pluralidad, la rendición de cuentas y el equilibrio de poderes que son esenciales para el funcionamiento saludable de una democracia representativa. Esto lo consigue mediante “un proceso representativo que depende de un líder fuerte: alguien que sea “puro” por lo que respecta a su poder político, al igual que “su” gente” (Urbinati, 2020, p. 75). Esta conexión que logra emocionalmente es reforzada en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal en base a una legitimidad técnica que también oculta una fachada democrática, y permite aún más impersonalizar las formas autoritarias que puedan surgir.

Ante este camino allanado para el líder populista, solo queda la aparición progresiva de la violencia sistémica avasalladora de los derechos humanos aplicada incluso por quienes están llamados a defendernos. El populismo punitivo está a la orden del día en el

postotalitarismo tecnocrático neoliberal, y es uno de los instrumentos favoritos de los gobiernos autoritarios, capaces de crear narrativas de enemigos que escinden lazos sociales, atacan consecuencias y relegan las causas sistémicas que originan grupos sociales que han sido excluidos. Recuerda mucho a la escena de *El señor presidente* del nobel centroamericano Miguel Asturias, donde a la hora de juzgar al licenciado Abel Carvajal éste rogaba por un espacio para defenderse. El general le contestó con una frase lapidaria, que no dista de los actuales gobernantes populistas y/o autoritarios: “Nos han citado para poner el «fierro»” (Asturias, 2020, p. 247). Y continúa la novela: “Y cuanto sucedió en seguida fue para Carvajal un sueño, mitad rito, mitad comedia bufa. Él era el principal actor y los miraba a todos desde el columpio de la muerte, sobrecogido por el vacío enemigo que le rodeaba”(Asturias, 2020, p. 247). No se trata de una ideología, sino de un estilo político que se fagocita sin discriminación de posturas de izquierda o de derecha. En este sentido, el populismo punitivo se presenta con unos rasgos muy definitorios, al incitar el castigo penal como una forma de exclusión y dominio, poniendo dentro del núcleo del ámbito penal la politización del crimen y la polarización (nosotros/ellos; pueblo/élite) , terminando por ser un fiel reflejo de las desigualdades sociales.

En esta situación, “la jugada del líder populista para ofender a sus adversarios y a las minorías en sus discursos políticos se interpreta como señal de sinceridad, a diferencia de la duplicidad de lo políticamente correcto” (Urbinati, 2020, p. 36). De ahí que los discursos e ideas en contextos totalitarios sean igual de insufribles que los discursos populistas, pero con una diferencia importante en cuanto a los métodos utilizados: están legitimados democráticamente. El populista utiliza el sistema penal como un *fierro* institucionalizado para solucionar los conflictos sociales, a pesar de que, en su mayoría de veces, dicho sistema contribuye a la generación de dichos conflictos. Presentar al otro como un malvado, eleva como fin del sistema penal la exclusión hegemónica, incluso a través de argumentos netamente emocionales, donde no existe ni siquiera un consenso ideológico de la cuestión criminal que se pretende abordar, potenciado por una retórica que presenta al excluido como verdadero monstruo. Las políticas de tolerancia cero y de mano fuerte, terminan encubriendo un derecho penal enemigo beligerante que responde a intereses del poder económico o político. Los avances garantistas se ven trastocados con la presión mediática y la agenda de la élite, dejando en un estado de indefensión a todos los que encajan con el perfil del

constructo de enemigo que se pretende excluir(o acabar). Se intenta castigar la consecuencia de un tecnosistema económico y político que excluye, que globaliza la indiferencia y anestesia la inquietud social, mientras las causas que generan las desigualdades sociales siguen intactas y sin ser atendidas por política públicas serias. Como es obvio, el *fiervo* apunta hacia abajo, hacia los que precisamente excluye el capitalismo salvaje y rampante, los que no encajan con los parámetros de éxito económico, mientras suele ser benevolente con quienes pueden presentar credenciales de éxito, o han podido ascender socialmente con su “esfuerzo” y “mérito”.

El populismo punitivo que ejerce el Estado, genera gobiernos autoritarios que terminan por criminalizar la pobreza, haciendo mella en los excluidos a quienes les aguarda una doble violencia, la del tecnosistema, y la de las personas que los estigmatizan. Los excluidos aguardan pasmados desde el *columpio de la muerte* mientras son juzgados paralelamente por los medios de comunicación que transmiten el discurso producto de la agenda, aplaudida por una población enardecida, movilizada a puro sentimiento. Esta generación de movimientos violentos es propiciado por los líderes autoritarios que apoyan grupos radicales, ya que el “apoyo tácito por parte de políticos importantes puede cambiarlo todo, normalizando el extremismo” (Levitsky & Zibblatt, 2024, p. 59). Estos extremismos que crean enemigos funcionan como formas de coacción o dominación donde inclusive el mismo «nosotros», el pueblo, termina siendo instrumentalizado a través del discurso populista, consolidándose como un constructo que paradójicamente se moviliza a sí mismo en contra de las instituciones, sintiéndose legitimado para tomar un bidón de gasolina y una caja de fósforo para quemar al que ha sido excluido.

Por otra parte, en el marco del posttotalitarismo tecnocrático el *enemigo vacío* que sobrecogía al licenciado Abel Carvajal de la novela de Asturias (los seguidores del dictador), sería ninguneado con el enemigo que se esconde tras la careta digital. La tecnología actual ha permitido que el anonimato permisible de las redes sociales, potencie y normalice la violencia sistémica a través de la construcción de comunidades digitales que transmiten el discurso populista y autoritario a grados exponenciales insospechables, frente a un Estado que no interviene ni regula estos discursos bajo una aparente defensa de la libertad de expresión. La situación se enturbia cuando los efectos cobijan bajo su espectro el cuestionamiento de postulados como la dignidad humana, discurriendo el significante vacío

en una apuesta por la violencia, que tiene en su etimología el germen de una contradicción evidente con la defensa de la dignidad, *violo*. Esta normalización de la violencia es un potencial peligro para asignar «dignidad» a ciertos grupos sociales, y «cárcel» o «castigo» a otros.

El autoritarismo en el posttotalitarismo tecnocrático es una fase consecuente del populismo, que se conjugan de manera efectiva para consolidar el poder de una élite tecnocrática que mantiene el control centralizado del poder político y económico, aun a través de la repesión directa. Se procura mejorar la percepción pública favorable hacia el régimen, silenciando voces críticas y opositoras. Este sistema manipula emocionalmente a la ciudadanía utilizando retóricas de miedo a la incertidumbre y esperanza en el progreso, justificando, a través de fórmulas jurídicas y mercantiles, políticas autoritarias bajo la apariencia de competencia técnica y eficiencia. Los tecnócratas con carisma, son productos del supuesto mérito que otorga el mercado, que se han “hecho a sí mismos”, y se presentan como outsiders del sistema y como los únicos capaces de resolver los complejos problemas del país, estableciendo una conexión emocional con el electorado y legitimando su control. Se trata de “una nueva forma de representación que desfigura a la democracia, sin aniquilarla por completo, pero haciéndola ciertamente irreconocible” (Urbinati, 2020, p. 11). A través de mecanismos de participación democrática simulada, como referendos y elecciones manipuladas, el Posttotalitarismo tecnocrático neoliberal mantiene una fachada de democracia, mientras en realidad refuerza su autoritarismo.

Estamos, entonces, frente a una democracia anómica, como sostiene Rocabado (2011): “un ritmo donde el ciudadano se acostumbró a vivir al borde del riesgo, la incertidumbre y la corrupción cotidiana, aceptando como normal la violación de los derechos humanos, los abusos del poder y las tenebrosas explosiones de autoritarismo desde la sociedad civil por medios sangrientos” (p. 43). Por ello podemos asegurar sin duda que la violencia más preocupante es la estructural, que es ejercida por el tecnosistema sobre la ciudadanía. Estos ejes son utilizados como medios para alienar al individuo al totalitarismo o al grupo politiquero de turno que pretende hacerse con el poder, volviendo a la ciudadanía inútil e inservible.

3.3 Banalización de la democracia

El posttotalitarismo tecnocrático neoliberal al privilegiar la técnica, con la consecuente despolitización como hemos visto, reduce la oportunidad de los ciudadanos para influir y participar en las decisiones que afectan su vida, terminado por agotar la manera en que se concibe la democracia, a tal punto que se le termina culpando a sí misma de los efectos aisladores y antidemocráticos que realmente impone la tecnoestructura. La democracia simulativa no solo ha generado populismo y autoritarismo, sino también una indiferencia y rechazo directo a la democracia, considerándola innecesaria en las actuales circunstancias políticas. Dicho de otro modo, esa «vida en la mentira» donde solo cabe la autoreferencia del sistema, enrevesa tanto la discusión política que se critican los regímenes democráticos por no fomentar democracia, haciendo necesario “democratizar nuestra democracia” (Levitsky & Zibblatt, 2024). La mecanización que promueve la tecnocracia lleva a la rutinización y robotización de las actividades humanas, llevando niveles de falsedad tanto nivel personal como social. la repetición diaria de actividades laborales, el uso excesivo de la tecnología tiene un gran componente de desconexión con uno mismo, y pérdida identitaria, mientras que a su vez las interacciones sociales carecen de profundidad, utilizando fórmulas y protocolos superficiales en vez de conectar con otras personas de manera genuina. Esta forma de comportamiento hace más susceptibles a las personas de manipulación y control, y de forma exacerbada en la mecanización producto de las redes sociales y los algoritmos que refuerzan maneras de actuar automáticas y limitan tanto la reflexión crítica como las relaciones significativas. Lo plasma bien Innerarity (2004) al explicar que el automatismo de la personalidad significa pensar por cuenta ajena, y que

La misma impresión de falsedad suscita una institución que solo dice lo que de ella se espera o el colectivo que subraya aquel aspecto que forma parte de su previsible identidad; así se explica que sociedades e instituciones hayan sucumbido repentinamente corroídas por su mentira interna. Lo propio, lo típico, lo esperable, es insincero (p. 29).

La forma en que el tecnosistema termina autoreferenciándose “ha conducido poco a poco al desinterés político y a la falta de compromiso cívico” (Irizar, 2014, p. 31), excluyendo a su vez la educación y fortalecimiento de las virtudes políticas, como la búsqueda del bien común, sustituyéndola por la capacidad operativa y técnica que demanda la sociedad del

mercado. El Estado pasa a ser un eje estructural para alimentar la ideología, y la democracia simulada termina por ser banalizada, al centrar en manos de expertos técnicos las decisiones y relegando al ciudadano al destierro de su propio individualismo, drenando su capacidad de participación, e incrementando la sensación de que no se le tiene en cuenta. Las tendencias que demuestran el desinterés ciudadano por las cuestiones políticas, tal como menciona Peter Mair, “no solo apuntan en la misma dirección, sino que lo hacen en todas partes” (Mair, 2013, p. 39). Algunas de las características que se presentan son la caída de los índices de democracia representativa, inclusive en democracias emergentes como la latinoamericana, tal como expuso el informe del latinobarómetro del 2023, donde explícitamente concluyen sobre la recesión democrática expresada en “el bajo apoyo a la democracia, el aumento de la indiferencia al tipo de régimen, la preferencia y actitudes a favor del autoritarismo, el desplome del desempeño de los gobiernos y de la imagen de los partidos políticos” (Latinobarómetro, 2023) y concluye con un tono nada esperanzador: “La democracia en varios países se encuentra en estado crítico, mientras otros ya no tienen democracia” (Latinobarómetro, 2023). Múltiples estudios han predicho o advertido lo anterior, como Juan J. Linz (1989) en su libro *La quiebra de la democracia*, y Manuel Alcántara (2019) al referirse a la “fatiga de la democracia”, referenciando el agotamiento paulatino de los partidos políticos y las forma tradicionales de participación.

Mediante la creación de políticas pringadas de tecnicismos, que aparentan consensos, se termina en un círculo que impulsa la automoción y que olvida los propósitos de la democracia. La tendencia a despolitizar la toma de decisiones aparece como un elemento clave que puede acercar el poder a la ciudadanía, y es el principal argumento de los gobiernos populistas que terminan siendo autoritarios, porque los procesos democráticos o políticos son considerados ineficientes, a contrario de las políticas tecnocráticas inevitables y científicamente justificables. El debate democrático sobre los efectos sociales de las políticas implementadas es innecesario, porque no responde a ningún criterio mercantil, por tanto, es necesario legitimarlo a través de consensos artificiales que ocultan precisamente la falta de debate y disenso real. Asimismo, esta coyuntura ha sido muy bien aprovechada por la retórica y aparición de los *outsiders* que se presentan como personas diferentes y puras, alejadas de la enquistada casta política y solo utilizan las elecciones (de por sí engorrosas y poco técnicas) para legitimar la desaparición del Estado, para desregular el mercado como una

medida beneficiosa universalmente, y discrepando de las alertas que ocasionan efectos negativos o colaterales en la desigualdad y justicia social. Estas actitudes nutren posturas violentas que al final se vuelcan contra los propios derechos humanos, propios de un estado democrático de derecho, porque lo importante es velar por aquellos valores que impone el régimen autoritario. Sin embargo, este autoritarismo consentido parece ocultar la violencia evidente y brutal, por ello “está todavía por hacerse el cambio del principio de la política y algo tendrá allí que empeorar todavía más antes de que la política descubra su necesidad” (Havel, 1990b, p. 89).

Dentro de la propia literatura de especialistas políticos ya proliferan artículos que desacreditan y desprestigian la democracia abogando por modelos opuestos tan radicales que solo fomentan la tecnocracia. Así por ejemplo, Christopher H. Achen y Larry M. Bartels (2017) presentan una crítica incisiva de la visión tradicional de la democracia electoral, argumentando que la teoría clásica de la democracia, que supone que los ciudadanos informados eligen racionalmente a los líderes políticos basándose en sus políticas y competencias, es fundamentalmente errónea. En su lugar, Achen y Bartels proponen una perspectiva “realista” de la democracia basada en la psicología política y el comportamiento real de los votantes (Achen y Bartels, 2017). Sus planteamientos tienen que ver con la crítica al posttotalitarismo tecnocrático neoliberal en cuanto a la democracia simulada y sentimental conservando así sea en apariencia los principios democráticos de participación. Sin embargo Brennan (2019) sostiene que la participación democrática en algunas personas las convierte en enemigos cívicos, que el propio derecho a votar no es un derecho básico ni tiene que estar justificado, y que la única manera en que se justifica es que no se cree un sistema mejor considerando que la democracia no es intrínsecamente justa. Es más, considera como ventaja la decadencia de la democracia: “deberíamos desear incluso que la participación fuera menor, en vez de mayor” (Brennan, 2019, p.32). Ante tal banalización de la democracia apuesta por otra forma posible de organización, defendiendo principalmente la epistocracia, “en la medida que distribuye el poder político en proporción al conocimiento o la competencia, por una cuestión de justicia o como medida política”(Brennan, 2019, p. 401). La epistocracia es una manera elegante y final de volver el mérito una tiranía, de normalizar la política de la humillación, marginar la opinión pública, erosionar la estima social de ciertos grupos,

desconfiar del desarrollo de conciencia ciudadana, de restringir el voto y aumentar la aplicación de conocimientos de expertos el tecnosistema.

Como sistema de gobierno, la epistocracia no se fundamenta en una crítica tradicional como las de Pareto, Mosca o Michels, ni tampoco en la teoría competitiva de Schumpeter, o en la crítica marxista sobre la exclusión que genera la democracia burguesa, sino que propone una defensa abierta y argumentada de un sistema elitista basado en la competencia y el conocimiento. La creencia ingenua e irreal de que la liberalización del mercado y el crecimiento económico por sí solo logra mayor inclusión e igualdad social, que no ha sido probado y es la base del sistema económico y político dominante, es análogamente el mismo hilo argumental de que el mayor conocimiento y entendimiento sobre los asuntos políticos lleva a decisiones más informadas y efectivas en un gobierno epistocrático. Sin embargo, los talentos particulares o conocimientos tecnocráticos no son causa directa de prosperidad, son providenciales o causales, y lo único que generan es una élite soberbia afligente, porque este tipo de meritocracia “es una espada de doble filo: inspiradora por uno de sus bordes, pero odiosa por el otro. Congratula a los ganadores, pero denigra a los perdedores y afecta incluso a la percepción que estos tienen de sí mismo” (Sandel, 2022, p. 38). Si la epistocracia es un ataque a la democracia, una especie de *desmocratización* del sistema que se ve agotado o sobrepasado por la tecnocracia, existe otro tipo de solución desconcertante aunque llamativa por sus postulados, que hace una defensa abierta del mercado como gobernante lisa y llanamente. Así lo defiende Robin Hanson con el sistema que denomina “futarquía” o también denominada “predictocracia”, donde “la democracia seguiría diciendo lo que queremos, pero los mercados de apuestas dirían ahora cómo conseguirlo” (Hanson, s.f.) y la regla básica del gobierno sería: “Cuando un mercado de apuestas estima claramente que una política propuesta aumentaría el bienestar nacional esperado, esa propuesta se convierte en ley” (Hanson, s.f.). No se trata ya de falsear la participación ciudadana, o hacerla elitista o agobiándola con un sistema que le genere desencanto cívico, sino de eliminar la propia democracia representativa o parlamentaria, impersonalizarla, drenarla de cualquier toque humana y reducir la democracia un aspecto meramente formalista para “elegir valores”, que el mercado debe conseguir. Se trata de una hagiografía del mercado, que pasa a ser el mismo instrumento de control e imposición, y por supuesto también quien determinará los valores de la sociedad.

Pero como menciona Juan Linz (1989), aunque la desigualdad, el estancamiento económico o pobreza haga comprensible la creencia en otros regímenes diferentes, incluso autoritarios(o tan innovadores como la futorquía), para asegurar otros valores humanos que un “electorado poco ilustrado” no puede, los regímenes democráticos se sustentan en principios mucho más profundos. “Más que en ningún otro tipo de régimen, su apoyo depende de mantener activos unos compromisos para hacer cumplir decisiones que conciernen a la colectividad” (Linz, 1989, p.37). Estos valores profundos o compromisos son los que precisamente ignora el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal banalizando la democracia, para mantener la «vida en la mentira». De hecho, bajo escenarios más esperanzadores como la construcción del humanismo cívico que promueve Alejandro Llano (1999) y Liliana Irizar (2014) como filosofía política que busca renovar la vida política con una mayor implicación ética(vida en la verdad) y responsable de los ciudadanos en la esfera pública, reivindicando la dignidad esencial del ser humano, se hace necesaria la democracia. Lo anterior, porque ésta filosofía política solo es posible potenciando tres pilares fundamentales: el protagonismo ciudadano, el valor de las comunidades y la relevancia de la esfera pública para desarrollar las libertades sociales. De estos pilares se puede deducir que “la democracia constituye actualmente el único régimen político en el que es posible llevar a la práctica el humanismo cívico” (Llano, 1999, p.7). Con la banalización de la democracia se llega al culmen de la autocinesis del sistema que combina las pretensiones totalitarias del tecnosistema político neoliberal con las intenciones de la vida, permitiendo la ficción de «la vida en la mentira» como modo de existencia, y anulando el único espacio que podría rescatar lo humano en la política.

CONCLUSIONES

En el presente trabajo se ha abordado la configuración de los ejes estructurales de la esfera pública (Estado, mercado y medios de comunicación) dentro del contexto del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. Este análisis sirve como un aporte contributivo a la teoría del posttotalitarismo de Havel y la dimensión tecnocrática neoliberal que añade Liliana Irizar, ofreciendo un nuevo enfoque y perspectiva crítica a través de los hallazgos de su influencia en los ejes estructurales de la esfera pública. Se destaca cómo la ideología neoliberal, diferenciada del liberalismo clásico político e incluso económico se ha erigido como un sistema de dominación sutil pero eficaz. Lo anterior revela un tecnosistema político que sostenido por los ejes estructurales de la esfera pública perpetúa un carácter deshumanizante y una «vida en la mentira» donde los ciudadanos, en lugar de participar activamente en la democracia, se convierten en meros espectadores. A diferencia del totalitarismo clásico, este tecnosistema político no recurre a la violencia o terror explícito sino que emplea la eficiencia técnica y la lógica mercantil como formas de dominio y manipulación. Se han detallado y caracterizado las dinámicas que sostienen la «autocinesis del sistema», explorando las formas sutiles de represión y exclusión que perpetúan la desigualdad y la apatía cívica. En este contexto se sentaron las bases para comprender cómo los ejes estructurales de la esfera pública se han reconfigurado para mantener un sistema que, aunque formalmente democrático, en la práctica erosiona la verdadera participación y representación ciudadana.

Se ha examinado la reconfiguración de los ejes estructurales de la esfera pública, y su transformación en un nuevo trasfondo general, donde se enmarca el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. Establecimos cómo dicha realidad, aleja la esfera pública y sus ejes de su verdadero propósito, y se convierten en ejes de la tecnoestructura neoliberal. Se ha destacado, en este sentido, cómo el Estado, en connivencia con el mercado y los medios de comunicación, se reconfigura y refuerza una estructura que promueve la desigualdad y la manipulación de narrativas públicas que transforman la esfera pública en un espacio de control y dominación que lacera los procesos democráticos. El Estado, reconfigurado como un administrador técnico, ha priorizado la eficiencia económica por encima del bien común, adoptando una doble cara, visible e invisible que oculta sus verdaderas dinámicas de poder y perpetúa la despersonalización burocrática que la ha reificado. El mercado, por su parte, se

presenta como un eje que impone una lógica utilitaria y deshumanizante, favoreciendo las élites económicas y la bancocracia, generando una cultura de consumo y competencia que menoscaba los valores democráticos. Los medios de comunicación actúan como un instrumento crucial en la difusión de estas narrativas, trivializando y radicalizando la realidad para mantener a la ciudadanía en un estado de apatía y desinformación, que es explotada en contextos de fakecracia que utiliza directamente las noticias falsas como método de gobernanza. Se ha pretendido subrayar la necesidad, en este contexto, de una reestructuración de estos ejes estructurales para revitalizar la democracia y garantizar una participación ciudadana auténtica y significativa.

Se ha analizado la profunda crisis democrática que surge en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. En este tecnosistema, la democracia se convierte en una simulación donde procesos democráticos tradicionales carecen de sustancia y efectividad. La ciudadanía desencantada, despolitizada y apática se limita a participar en rituales vacíos que prolongan la ilusión de un gobierno representativo. Esta crisis de representatividad, como se ha intentado demostrar en el presente trabajo, es aprovechada por los líderes populistas y autoritarios que abusan del descontento ciudadano a través de narrativas simplistas y emocionales. Tanto el populismo con su retórica de enemigos y grandiosas promesas, como el autoritarismo con su enfoque de estabilidad y orden aún a expensas de los derechos humanos, consolida fácilmente una élite tecnocrática, y permite así el mantenimiento de la ideología neoliberal, independiente de la forma gubernamental que se adopte. Los populismos y autoritarismos no discriminan extremos políticos ideológicos, lo cual puede decir que prosperan tanto en corrientes de izquierda y derecha.

Como examinamos, esta capacidad de adaptabilidad y asimilación en diversos contextos políticos, es una característica distintiva del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal que utiliza la eficiencia técnica y lógica mercantil del neoliberalismo para mantener el control y la manipulación. Como se ha reflexionado, en un entorno neoliberal donde se ha deshumanizado las relaciones sociales y económicos, el populismo encuentra terreno fértil para sembrar sus retóricas de enemigos, dichas narrativas no abordan las causas estructurales de los problemas sociales, sino que las afianzan. También, como vimos, el autoritarismo en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal se puede disfrazar de eficiencia técnica y competencia, prometiendo orden y estabilidad a costa de las libertades civiles y los

derechos humanos. En este contexto, la violencia sistémica se convierte en una herramienta para mantener el control, exacerbando la criminalización y exclusión de los más vulnerables. Esta dinámica es un fenómeno profundamente preocupante que pone en riesgo la esencia misma de la participación ciudadana. En el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal no solo se erosiona la confianza en las instituciones democráticas, sino que éstas vuelcan sus efectos totalitarios sobre la *humanidad*. Se transforma la participación ciudadana en un ritual sin sentido, banalizando la democracia y perpetuando un ciclo de desafección y manipulación. Bajo esta lógica egoísta, como hemos expuesto, se excluye el debate y estudio sobre el papel que juega cada individuo en la búsqueda del bien común. La ideología neoliberal se impone sobre los valores democráticos, haciendo atractivas otras formas de gobierno tecnócratas elitistas o de expertos, o directamente impersonales que pretenden dejar las decisiones políticas en manos de algoritmos y las fuerzas predictivas del mercado. La banalización de la democracia no solo debilita el sistema político, sino que también socava la cohesión social y la justicia.

En esta perspectiva, es necesario mencionar que en la actualidad corremos el riesgo de estar estudiando e ideando esquemas gubernamentales que, fácticamente, no existen o ya están viciados de raíz. Algo así como lo descrito por Miguel Ángel Asturias en su novela *El señor Presidente*, al describir que el abogado Abel Carvajal estaba en un *sueño mitad rito*: podemos decir fórmulas electorales y sistemas políticos; *mitad comedia bufa*: realidades y situaciones complejas que parecen exageradas pero son tratadas de forma ligera. Por ello, es fundamental que las propuestas para enfrentar esta crisis vayan más allá de cálculos técnicos-legales o fórmulas electorales tradicionales. Este trabajo, ha pretendido salir de estos esquemas de investigación, a través de un estudio crítico y ejercicio reflexivo sobre la situación actual de la democracia a través del análisis de los ejes estructurales de la esfera pública en el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal. Estos estudios son necesarios, porque en el afán de solucionar a través de la técnica y fragmentación del saber un problema complejo, damos paso a soluciones superficiales que no contrarrestan las formas violentas del tecnosistema, antes bien las mantienen intactas o empeoran. Por ello no extraña que a pesar de los atractivos y sugerentes cambios institucionales, el discurso de los líderes populistas y autoritarios calen cada vez con más fuerza. Este trabajo también pretende ser un llamado de atención para revalorar las investigaciones sobre democracia y buen gobierno

desde una perspectiva más humanista, que simplemente institucionalista o estructuralista, una tarea compleja para una sociedad compleja que se ve condicionada por la «vida en la mentira» y la autoreferencialidad.

La revelación de la crisis de representatividad, y el desenmascaramiento de la simulación democrática que propicia el posttotalitarismo tecnocrático neoliberal a través de sus ejes estructurales, tal como se ha explicado, también ofrece un amplio panorama para continuar la investigación. En primer lugar, la manera de contrarrestar los efectos adversos del posttotalitarismo tecnocrático neoliberal que hemos expuesto. Esto es importante, porque dichos problemas no pueden ser resueltos a través de soluciones meramente técnicas como hemos adelantado, sobretodo si existe una ciudadanía emergente cada vez más consciente que “cuanto menos parte una política de la concreción humana del «aquí y ahora», cuanto más apunta a un «allá» y a «un día» abstractos, tanto más fácilmente puede quedarse solo en una variante del sometimiento del hombre” (Havel, 1990b, p. 61). Por tanto, es necesario evidenciar, escribir y leer sobre el asunto, tener una visión integral e integradora de la realidad, que no fragmente las problemáticas desarticulando cambios y movimientos sociales. Lo siguiente, es ser conscientes que un cambio real implica una «vida en la verdad» (Havel, 1990b), una revolución existencial (Irizar, 2020), repensar la democracia a través del humanismo cívico (Irizar, 2014). Estas acciones políticas que no estan a cargo de una burocracia anónima sin rostro, sino de individuos que son dueños de sus elecciones, y deciden desde su libertad abogar por la búsqueda y consecución del bien común, son una manera de contrarrestar los efectos totalitarios del tecnosistema político neoliberal. Parte de una práctica interiorizada y buscada desde la libertad positiva y propositiva. Estas cuestiones prácticas y concretas, alejadas de los tradicionales estudios, también son una puerta abierta y amplio campo de estudio para artículos académicos sobre democracia y buen gobierno.

BIBLIOGRAFÍA

- Achen, C. H., & Bartels, L. M. (2017). *Democracy for realists: Why elections do not produce responsive government*. Princeton University Press.
- Alcántara, M. (2019). Los partidos y la fatiga de la democracia, especial referencia al caso de América Latina. *Derecho electoral*.
- Arendt, H. (1970). *Sobre la violencia*. Joaquín Mortiz.
- Arendt, H. (1988). *Sobre la revolución*. Alianza Editorial.
- Arendt, H. (2002). *Los orígenes del totalitarismo* (Vol. 3). Alianza Editorial.
- Arendt, H. (2016). *La promesa de la política*. Ediciones Culturales Paidós. Booket.
- Arendt, H. (2020). *Entre el pasado y el futuro: Ocho ejercicios sobre la reflexión política*. Austral.
- Arendt, H. (2021). *La condición humana*. Grupo Planeta-Booket.
- Arias Maldonado, M. (2016). *La democracia sentimental: Política y emociones en el siglo XXI*. Página Indómita.
- Asturias, M. (2020). *El señor presidente*. Real Academia española.
- Ballesteros, J. (2013). Contra la financiarización de la economía y la mercantilización de la sociedad. *Anuario da Facultade de Dereito da Universidade da Coruña*, 55-68.
- Ballesteros, J. (2018). Derechos sociales y deuda: Entre capitalismo y economía de mercado. *CEFD*, 1-21.
- Ballesteros, J. (2020, abril 26). Por un liberalismo anticapitalista. *Las Provincias*. <https://www.lasprovincias.es/comunitat/opinion/liberalismo-anticapitalista-20200426235740-ntvo.html>
- Bataillon, G. (2015). Democracia, Estado de derecho, gobernanza y representación política. *Nueva Sociedad*, 54-68.
- Bleda Plans, J. (1999). Hacia una noción crítica de la «escuela de Salamanca». *Scripta Theologica*, 367-411.
- Blühdorn, I. (2020). *La democracia simulativa: Nueva política tras el giro posdemocrático*. Temis.
- Brennan, J. (2019). *Contra la democracia*. Grupo Planeta.

- Burgos, J. M. (2018). Personalismo y populismo: dos visiones de la democracia. En R. Casales García, R. Sánchez Muñoz, & J. O. Real Zarza, *La vitalidad del personalismo* (pp. 331-344). UPAEP.
- Crouch, C. (2004). *Posdemocracia*. Taurus.
- Eiranova, E. (2019). *Mercado financiero desintermediado y ciclo regulatorio*. Librería Bosch.
- García-Rendón, S., & Subinas, J. (2023). *La irrupción de lo político después de la pandemia*. Íconos.
- González Serrano, C. J. (2023, febrero 7). Contra la ideología emocional. *Ethic*. Recuperado en mayo de 2024, de <https://ethic.es/2023/02/contra-la-ideologia-emocional/>
- González Serrano, C. J. (2023, mayo 23). El totalitarismo positivo. *Ethic*. Recuperado en enero de 2024, de <https://ethic.es/2023/05/el-totalitarismo-positivo-emocional/>
- Habermas, J. (1997). *Historia y crítica de la opinión pública*. Gustavo Gili.
- Habermas, J. (2023). *Nuovo mutamento della sfera pubblica e politica deliberativa*. Raffaello Cortina Editore.
- Han, B. C. (2013). *La sociedad de la transparencia*. Herder.
- Han, B. C. (2021). *Psicopolítica: Neoliberalismo y nuevas técnicas de poder*. Herder.
- Han, B. C. (2022). *Infocracia: La digitalización y la crisis de la democracia*. Penguin Random House.
- Han, B. C. (2024). *La sociedad del cansancio*. Herder.
- Hanson, R. (s.f.). Futarchy: Vote Values, But Bet Beliefs. Obtenido de <https://mason.gmu.edu/~rhanson/futarchy.html>
- Havel, V. (1990a). *Cartas a Olga: consideraciones desde la prisión (trad. Dopisy Olze)*. Círculo de Lectores.
- Havel, V. (1990b). *El poder de los sin poder*. Encuentro ediciones.
- Havel, V. (2004). *Project syndicate*. Obtenido de <https://www.vaclavhavel.cz/>
- Hermet, G. (1989). *El pueblo contra la democracia*. Colección Tablero.
- Hinkelammert, F. (1990). *Democracia y totalitarismo*. DEI.
- Illouz, E. (2023). *La vida emocional del populismo: Cómo el miedo, el asco, el resentimiento y el amor socavan la democracia*. Katz.

- Innerarity, D. (2021, mayo 2). Falsas noticias. *Daniel Innerarity*. <https://www.danielinnerarity.es/opini%C3%B3n-preblog-2017-2022/falsas-noticias/>
- Innerarity, D. (2017, septiembre 13). Medios que medien. *El Correo*. <https://www.elcorreo.com/vocento-15-aniversario/medios-medien-20170913163315-ntrc.html>
- Innerarity, D. (2004). *La sociedad invisible*. Espasa.
- Innerarity, D. (2016). *La democracia del conocimiento: Por una sociedad inteligente*. Paidós. Estado y sociedad.
- Innerarity, D. (2020). *Una teoría de la democracia compleja: Gobernar en el siglo XXI*. Galaxia Gutenberg.
- Irizar, L. (2014). *Humanismo cívico*. San Pablo.
- Irizar, L. (2020). *Posttotalitarismo tecnocrático neoliberal: Actualidad del análisis de Václav Havel*. Universidad Sergio Arboleda.
- Irizar, L., Brock, S., & Zanotti, G. (2012). *En la era de la cuantificación: Una antropología de la investigación científica*. Universidad Sergio Arboleda; Universidad Pontificia Bolivariana.
- Latinobarómetro. (2023). *Informe 2023: La recesión democrática de América Latina*. Latinobarómetro 2023.
- Leis, R. (2009). *Retrato escrito de la corrupción*. Friedrich Ebert. <https://library.fes.de/pdf-files/bueros/fesamcentral/07607.pdf>
- Levinas, E. (2009). *Humanismo del otro hombre*. Siglo XXI Editores.
- Levitsky, S., & Ziblatt, D. (2024). *La dictadura de la minoría: Cómo revertir la deriva autoritaria y forjar una democracia para todos*. Ariel.
- Linz, J. J. (1989). *La quiebra de las democracias*. Alianza Editorial.
- Llano, A. (1999). *Humanismo Cívico*. Ariel.
- Lucas, G. (25 de diciembre de 2015). *George Lucas on the "downside" of Star Wars*. (C. Rose, Entrevistador). Youtube. https://www.youtube.com/watch?v=VEIrQUXm_hY
- Mair, P. (2013). *Gobernando el vacío: La banalización de la democracia occidental*. Alianza Editorial.
- Moulin, L. (1962). La tecnocracia, tentación y espantajo del mundo moderno. *Revista de Estudios Políticos*, 91-132.

- Orsi, G. (2024). *Proceso de construcción de comunidades políticas: La extrema derecha digital*. Tirant le Blanch.
- Ponce, M., & Rincón, O. (2020, junio 5). *Fakecracia*. Biblos.
- Rand, A. (2021). *La virtud del egoísmo* (D. García, trad.). Deusto
- Rocabado, F. G. (2011). *Teorías de la democracia en pugna*. Kas contribuciones, 1-168.
https://www.kas.de/c/document_library/get_file?uuid=fcc3e60c-def7-fe99-4929-0c2b710ee8aa&groupId=252038
- Rosanvallón, P. (2020). *El siglo del populismo*. Galaxia Gutenberg.
- Sandel, M. (2022). *La tiranía del mérito*. Penguin Random House.
- Sandel, M. J. (2019). *Lo que el dinero no puede comprar: Los límites morales del mercado*. Penguin Random House.
- Sermeño Quezada, Á. (2021). Democracia bajo acoso: Entre tecnocracia y populismo. *Andamios*, 9-17.
- Stiglitz, J. (2023, septiembre 4). Desigualdad y democracia. *Embajada Abierta*.
<https://www.embajadaabierta.org/post/desigualdad-y-democracia-por-joseph-e-stiglitz>
- Stiglitz, J. (2002). *Malestar en la globalización*. Taurus.
- Stiglitz, J. (2012). *El precio de la desigualdad: El 1% de la población tiene lo que el 99% necesita*. Taurus.
- Strange, S. (2001). El declive de la autoridad de los estados. En S. Strange, *La retirada del Estado*. Icaria.
- Streeck, W. (2017). El regreso de los reprimidos como principio del fin del capitalismo neoliberal. En S. Alba Rico, A. Appadurai, Z. Bauman, D. della Porta, N. Fraser, M. Garcés, ... W. Streeck, *El gran retroceso: Un debate internacional sobre el reto urgente de reconducir el rumbo de la democracia* (pp. 287-308). Seix Barral.
- Tocqueville, A. (2000). *La democracia en América* (trad. L. Cuéllar). Fondo de Cultura Económica.
- Touissant, E. (2015). *Bancocracia*. Icaria Editorial.
- Unamuno, M. d. (1922, agosto 17). Democracia y despotismo. *El Socialista*.
- Urbinati, N. (2010). Unpolitical democracy. *Political Theory*, 65-92.

- Urbinati, N. (2020). *Yo, el pueblo: Cómo el populismo transforma la democracia*. Grano de Sal.
- Weber, M. (1947). *The theory of social and economic organization*. Oxford University Press.
- Weber, M. (s.f.). ¿Qué es la burocracia?. Universidad del CEMA. Tauro.
https://ucema.edu.ar/u/ame/Weber_burocracia.pdf
- Wolfe, A. (1987). *Los límites de la legitimidad: Las contradicciones políticas del capitalismo contemporáneo*. Siglo XXI.
- Yunus, M. (2018). *Un mundo de tres ceros: La nueva economía de pobreza cero, desempleo cero, y cero emisiones netas de carbono*. Paidós. Estado y sociedad.
- Zolo, D. (2010). El ocaso de la democracia en la globalización. *Meta política*, 36-44.